Paz, Ireneo

La manzana de la discordia.

La Manzana de la discordia

por

Ireneo Paz.

Ireneo Paz was a popular Mexican dramatist blonging to the later quarter of the 19th century
J.H.C.

La Manzana de la Discordia.

Comedia en tres actos y en prosa

Original de

Ireneo Paz.

Presented to the University of Toronto by J. H. Cornyn Feb. 12, 1932

Mexico City.

1876.

The name of the collection of Paz' dramas published in Mexico city in 1876

ACTO PRIMERO.

Una alcoba decentemente amueblada.—Puertas en el fondo y á los costados: una ventana á la izquierda.—Mesa y recado de escribir.—Es de dia.

ESCENA I.

Laura, Ricardo.

La primera ha concluido su tocado frente á un espejo: el segundo entra por el fondo ocultando á su vista un ramillete. nosegay

Ric.—Bien, bien: ¡estás hoy mas hermosa que nunca, mi querida Laura.

Lau.—(*Sorprendida.*)—¡Ah! ¿Me observabas, picaron? rogue

Ric.—No, vida mia, llego casualmente de la calle.

Lau.—Hoy saliste muy temprano, Ricardito...... ¡Me has dado buen susto! Creia que tardarias en volver y ya estaba sintiéndome contigo, porque no me habias hecho ni una caricia antes de marcharte. No digas que soy exigente, Ricardo mio, pero como ya me tienes así acostumbrada....

Ric.—Esa no es exigencia, mi vida, nos amamos los dos

y yo tengo gusto, pero mucho gusto, en ser contigo obsequioso y galante.

Lau.—[*Con zalamería,*]—¿Y á dónde fuiste?

Ric.—Adivínalo. Pero no vayas á ver lo que te oculto... no... no. [*Ella quiere ver y él resiste.*]

Lau.—Déjame ver lo que me traes: me estás matando de curiosidad.

Ric.—Solo que adivines.

Lau.—Pues no atino: ¿á dóndo habias de haber ido sin decírmelo ántes como lo tienes de costumbre? Realmente estoy desorientada.

Ric.—Vamos, Laura, dime: ¿qué dia es hoy?

Lau.—Mártes.

Ric.—Pero ¿qué acontecimiento debe traernos á la memoria el dia 2 de Febrero? Recapacita.

Lau.—Déjame reflexionar.

Ric.—¿Te digo?

Lau.—¡Ah! ¡ya caigo! Hoy hace un año justo que nos casamos.

Ric.—¡Cabal! ¡Y lo habias olvidado! [*Con reconvencion.*]

Lau.—No, Ricardo, no; ¡qué habia de olvidar! Si precisamente anoche me acosté pensando en eso y queria darte hoy una sorpresa...

Ric.—Pues te he ganado por la mano, princesa mia: [*Con galantería.*] tengo el gusto de presentarte el obsequio de aniversario de nuestras bodas.—[*Le da el bouquet.*]

Lau.—¡Qué lindas flores! [*Las besa*] Gracias Sr. D. Ricardo: su mujer está muy reconocida por tal fineza, y pide á vd. un abrazo en prueba de ello.

Ric.—¿Un abrazo? Y un millon, y muchos mas....... ¡Carambas! Soy mas feliz que todos esos santos y profetas de que dicen están poblados los cielos.—(*Se abrazan con efusion.*)

Lau.—Y yo tambien.

Ric.—¡Otro abrazo! (*Con entusiasmo.*)

Lau.—Cuantos quieras......—(*Se abrazan.*)

Rir.—Gracias, mi Laura.

Lau.—¡Vamos! Pondremos en agua este precioso rami-

llete para que no se marchiten las flores, y ya sabe vd. que queda perdonado de su escapatoria.

Ric.—¿De mi escapatoria?

Lau.—Sí; porque confesará vd. que fué una enorme falta salirse clandestinamente sin dar á su esposa el beso de costumbre.

Ric.—¡Ah! pero el fin me justifica.

Lau.—Por eso digo que es vd. perdonado.

Ric.—Bien, gracias. Ahora, señorita, si vd. gusta, tendremos un rato de conversacion.

Lau.—Con muchísimo gusto.—[*Aproximan sillas y se sientan.*]

Ric.—En primer lugar, Laura mia, te diré con toda la franqueza que acostumbro, que estás hoy muy hermosa.

Lau.—¡Lisonjero!

Ric.—¡Palabra de honor!

Lau.—Me avergüenzas, hombre.—(*Con mucha naturalidad.*)

Ric.—Y que esa modestia te sienta perfectamente.

Lau.—No seas tunante, Ricardo, todo eso lo dices por broma.

Ric.—¿Broma? ¡Dios me ampare! Si me pareces la mujer mas hechicera del mundo.

Lau.—Me amas, eso es todo.

Ric.—¿Y por qué te amo? Porque estás mas resplandeciente que el lucero de la mañana, porque estás mas fresca que una lechuga, porque eres mas bonita que una luna llena.

Lau.—¡Vaya un empeño! Mira, Ricardo, esa conversacion no me gusta.

Ric.—Sentado, pues, en principio que tu eres la mas linda de las mujeres, agregaré que he pasado á tu lado el año mas feliz de mi vida.

Lau.—Y yo tambien al tuyo, eso sí, se puede decir que cada uno de los dos hemos encontrado nuestra media naranja.

Ric.—¿Te acuerdas qué dia fué para nosotros el 2 de Febrero?

LAU.—¿No me he de acordar, si el dia mas memorable que tiene una mujer en su vida es aquel en que se casa?

RIC.—¿Te acuerdas de la víspera? los dos estuvimos sin dormir esa noche, esperando con impaciencia la bendicion del cura que nos habia de unir para siempre.

LAU.—Yo comencé á adornarme desde muy temprano, y te lo confieso con ingenuidad, tenia cierto sobresalto, cierta zozobra, porque ya se me figuraba que venia un incidente inesperado á hacer fracasar todos nuestros proyectos.

RIC.—Un observador hubiera notado que los dos estábamos inquietísimos. Yo te miraba tan bella que consideraba como un sueño que se hubiera llegado la realidad de llamarte mia, mia á la faz del cielo y de la tierra.

LAU.—¿Y te acuerdas como estuvimos los dos temblorosos y casi mudos durante la ceremonia?

RIC.—¡No me he de acordar...si yo sentia una emocion capaz de volverme loco!

LAU.—Yo experimentaba por momentos cierta melancolía, porque iba á separarme de mi familia para siempre.

RIC.—Cuando me diste la mano temblabas como un friolento, pero ¡qué miradas tan ardientes me dirigiste cuando nos dió el cura su bendicion!

LAU.—Y á cada momento... ¡vaya!

RIC.—¡Fué un dia delicioso para nosotros......! Ardia en deseos de entrar en posesion de mi tesoro, despues de tantas borrascas que habiamos pasado en dos años de novios.

LAU.—Por cierto que no tuviste grandes trabajos para obtener mi correspondencia primero, y despues mi mano.

RIC.—Es verdad: tu familia no me hizo una formal oposicion, como sucede regularmente, aunque siempre tenia que andar á las escondidas con tu mamá que, segun su dicho, me veía como á sus pecados.

LAU.—¿Y mi tutor?

RIC.—El viejo de tu tutor siempre me ponia cara de vinagre, pero yo no le hacia gran caso.

LAU.—Queria desposarse conmigo el chocante de Don Aristeo.

RIC.—Lo único que sufrí realmente, fueron dos agua-

ceros recibidos en mi cuerpo, y tres ó cuatro dias que pasé al rayo del sol esperando hablarte.

LAU—Pero hay otros novios que cambiarian gustosos la vigésima parte de sus vicisitudes por tus dos aguaceros.

RIC.—Sí. no lo niego; mas el caso es que yo te dí esas y otras pruebas de amor; que tú me correspondiste; que nos casamos; y que hemos pasado un año de verdadera luna de miel.

LAU.—Por mi parte estoy muy coutenta de tí, porque eres complaciente y bueno.

RIC.—Yo de tí, porque eres fiel, cariñosa y linda como un serafin.

LAU.—¿Volvemos?

RIC.—Vamos, Laura, contéstame á una pregunta, pero con franqueza: ¿qué has encontrado en mí que te disguste? Dímelo de veras y sabré corregirme.

LAU.—Hasta ahora, nada.

RIC.—¿Soy celoso?

LAU.—No.

RIC.—¿Soy imprudente?

LAU.—No.

RIC.—¿Soy poco amable?

LAU.—Todo lo contrario: acaso seas mas sumiso y mas tierno que el resto de los hombres.

RIC.—Yo así lo entiendo. Nunca me has expresado el menor deseo, sin que haya tratado al momento de complacerte sagun mis cortos alcances.

LAU.—Ahora, tratándose de mí, ¿qué me encuentras que merezca correccion? Dímelo tambien con franqueza, y te prometo que me enmendaré.

RIC.—Tú eres un ángel, Laura: en tí no hay mas que hermosura y virtudes á raudales.

LAU.—¡Buen Ricardo!—(*Le estrecha la mano.*)

RIC.—Estoy mas enamorado de tí que una leona de sus cachorros.

LAU.—Y yo, que podré decirte?

RIC.—¿Me amas?

LAU.—¡Con toda mi alma!

RIC—Permíteme, vida mia, echarme á tus piés como

cuando éramos novios, rodear tu talle con mis brazos, mirarme en tus ojos extasiado, y repetirte por la millonésima vez: ¡Te amo! ¡Te amo!—(*Hace lo que dice. A este tiempo aparece D. Fortunato.*)

ESENA II.

Dichos, D. Fortunato.

For.—¡Bien! ¡Bravo! ¡Bravísimo! Eso se llama quererse á todo trapo.—(*Se levantan avergonzados.*)

Lau.—¡Ah!—(*Un poco sorprendida.*)

Ric.—Amigo D. Fortunato, querido vecino, pase vd. Nos ha sorprendido vd. en uno de nuestros momentos de delicia.

For.—No anclo pues...... (*Queriendo volverse.*)

Ric.—Al contrario, venga vd.

For.—Entónces me encallo un instante......

Ric.—Sí, sí.—(*Aparte.*)—(Siempre con sus términos de marina.)

For.—¡Por San Telmo! que estoy contentísimo al ver la felicidad que se disfruta á bordo de este falucho.

Ric.—Indudablemente, amigo mio, bajo este techo han venido á albergarse los dos mejores matrimonios de la tierra.

For.—Sí, tambien en mi departamento, como si dijéramos, en los camarotes del primer puente, se disfruta de mucha felicidad. ¡Voto á cien mil rayos! Mi mujer es una sirena que me va haciendo olvidar las gavias, los obenques y las bergantinas.

Ric.—Demasiado sabemos que la Sra. Dª Astrea es una excelente consorte.

Lau.—Y una buena amiga.

Ric.—Y muy afable.

Lau.—Y muy servicial.

FORT.—A propósito: ¿saben vdes. que nombre llevaba mi mujer hace seis meses cuando la fleté en matrimonio?

RIC.—No.

LAU.—¿Cuál?

FORT.—La llamaban Sinforosa, nombre que me hacia zozobrar los nervios de puro prosaico, ¡voto á mil truenos del cielo! mas yo se lo cambié por el de Astrea que cuadraba mejor con mi profesion de viejo marino, por encontrarle cierta coneccion con los astros.

LAU.—¿Y cómo ha amanecido hoy mi buena vecina?

FORT.—Contenta como siempre y juguetona como las olas que azotan el casco de los barcos. La dejé empavesándose para venir á felicitar á vdes. por el aniversario de su casamiento. Oyó á Ricardito desde muy temprano referirme que era su dia de gala y quiere tambien hacer su salva de estilo. No tarda en avistarse por aquí.

LAU.—¡Cuánto agradecemos á vdes. su solicitud!

FORT.—Estamos de vecinos, somos como si dijéramos de la misma tripulacion, y debemos alegrarnos juntos. No, no somos tiburones, ¡rayos y truenos! para ver con indiferencia el gusto de vdes.

RIC.—Eso ya se entiende: cada dia estoy mas contento de ser inquilino de vd., mi querido D. Fortunato; no podiamos haber elegido mejor compañía para pasar una existencia tranquila.

FORT.—Pues doy á vdes. mi enhorabuena. Yo como hombre de mar soy muy rudo para expresarme, pero por todos los escotillones del mundo, les protesto que siempre digo la verdad.

RIC.—Bien se deja ver.

LAU.—Por eso tenemos á vd. tanto aprecio.

FORT.—Vamos, Laurita, se encuentra vd. en este dia de fiesta mas primorosa que mi goleta Penélope, ántes de haber perdido su costado derecho.

LAU.—Gracias por la galanteria.

RIC.—¿Ya ves como mi vecin es de mi misma opinion?

FORT.—Y sea dicho de paso, que la Penélope era la mas arrogante y la mas velera de todas las naves que cruzaban el golfo de México. No media mas que doscientas tonela-

das, pero cuando la soplaba un noroeste fresco, ¡voto á setenta relámpagos! era mas linda que una gaviota y mas lijera que una golondrina.

LAU.—¿Se sienta vd. Sr. D. Fortunato?

FORT.—Solo de pié puede observarse bien á qué horas llega el terral, linda náyade.

RIC.—Y á propósito, ¿es vd. celoso, amigo D. Fortunato?

FORT.—¡Vaya una pregunta original! ¿Yo celoso? Un marino con celos seria el ente mas ridículo de tierras y aguas. No señor, no; soy la despreocupacion bogando: sobre todo, tengo tal confianza en mi Astrea, llevo de tal manera á remolque su corazon, que no temo ni por asomos una bolina. Por otra parte, soy muy filósofo, como se dice en tierra: ya sé que la carne humana es frágil y no me espantaria ningun chubasco. Vdes. observarán que siempre llego á mi casa, como si dejéramos al aparejo, haciendo mas ruido que los foques. Eso lo hago para que si hubiere algun corsario anclado, se haga á la vela ántes de que le rompa la escotilla. ¿Y vd. amigo mio?

RIC.—Yo... á la verdad no lo sé decir: no he tenido tiempo ni oportunidad de observarme.—(*Aparte.*)—(Debo ser celoso cuando me ha hecho mella la palabra *náyade*, y eso que fué dicha por un avechucho.)

LAU.—Yo responderé por él: Ricardo no tiene ni pizca de celoso. No me hubiera casado con él si le hubiera conocido tal defecto, pues un hombre que no tiene confianza en su mujer es indigno de ser amado.

RIC.—(*Aparte.*)—(¡Hum! Eso dicen todas.)

FORT.—Y sobre todo, que cuando las mujeres quieren hacer de las suyas, lo mismo es que se las vigile á varlovento que á sotavento, y que se las ponga en cuarentena, siempre dejarán al mas avisado al algarete ó como si dijéramos en franquia.

LAU.—Sí, cuando son descocadas y desconocen sus deberes......

FORT.—Pero por aquí fondea ya la reina de todas las

costas. ¡Bandera á toda asta!—(*Aparece Dª Astrea con aire marcial y vestida con los colores nacionales, verde, encarnado y blanco, á gusto de la actriz que desempeña este papel.*)

ESCENA III.

Dichos, Dª Astrea.

Ast.—¡Presente y montada! Buenos dias, Laurita, buenos dias, camarada D. Ricardo. Toco diana en este dia grande para vdes. ¡Rataplan! ¡rataplan! ¡rataplan! Doy á vdes. mis felicitaciones por el aniversario que hoy se celebra. ¡Voto á cribas! Me acuerdo de todas las locuras que hicimos mi difunto coronel y yo cuando cumplimos el primer año de casados, Tres bandas militares tocaron todo el dia, y sobre un trofeo de fusiles, cornetas y tambores, colocamos nuestros marciales retratos. Por la tarde hicimos los dos un paseo militar, una especie de simulacro de guerra, y rendimos á las doce de la noche en punto, hora en que nos acuartelamos. Fortunato y yo apénas llevamos seis meses de estar unidos: cuando cumplamos el año, haremos retemblar la tierra con nuestro festejo.

Fort.—Y tambien los mares, Artrea.

Ric.—Perfectamente. Lo que es hoy, amable Astrea, damos á vd. las gracias por su fineza.

Lau.—Sí, sí, estamos á vd. muy reconocidos.

Ast.—Y en efecto, hijos mios, para que me haya puesto mi trage de los colores nacionales y mi tocado de cuartel, objetos reservados para los dias terribles, es sin duda porque les tengo mucho cariño. Dos meses hace que habitamos el mismo alojamiento, y aunque ya éramos camaradas ántes, el trato íntimo de estos dias y el saber que vdes. son tan felices como nosotros, ha engendrado la mayor simpatía, y ¡qué diantres! mi marido y yo somos capaces de emprender una batalla por vdes.

For.—O un combate naval, cierto, ciertísimo, y disparar mas cañonazos por banda que el mismo comodoro inglés.

Ric.—De nuevo hacemos á vdes. manifiesta nuestra gratitud.

Lau.—(*Aparte*)—(Cada dia me admiran mas estos tipos tan llenos de originalidad que tenemos por vecinos.)

ESCENA IV.

Dichos, Blasa, que entra con una carta.

Bla.—El cartero ha traido esto para el Sr. D. Ricardo.

Lau.—¡Una carta!

Ric.—Venga acá.

Lau.—Veamos quién te escribe, esposo mio.—(*Se le acerca.*)

Ric.—¡De Querétaro!—(*Viendo la firma.*)—¿Quién habia de ser? Tu ex-tutor D. Aristeo.

Lau.—¡Ah! ¡D. Aristeo! ¡Viejo mas chocante......!

Ric.—Pero qué fecha tan atrasada: ¡20 de Enero!

Fort.—Para los correos ha sido inútil el descubrimiento del vapor.

Ast.—Nunca andan á marchas forzadas.

Ric.—Pues lo mismo está el telégrafo. Yo he recibido partes telegráficos que han dilatado ocho dias de Leon á México......

Fort.—Todo anda así: no he visto cosa mas desmantelada que nuestra marina.

Ast.—Acaso lo mejor es nuestro ejército, y ¡sabe Dios el pago que han recibido algunos leales servidores!

Ric.—Pero...... ¡qué descuido! hemos dejado á vdes. sin ofrecerles asiento.

Ast.—No nos sentamos: solo hemos venido á pasar lista, como si dijéramos, á hacerles el saludo de ordenanza.

Vámonos, Fortunato, dejaremos solos á estos jóvenes, que tienen que imponerse de su carta y arreglar su órdel del dia.

LAU.—Vdes. no nos embarazan de ningun modo, y ántes bien, es muchísimo gusto......

FORT.—Siempre zarpamos......

RIC.—Pues si vdes. insisten en retirarse ahora, les diré ántes, que Laurita y yo les invitamos á almorzar con nosotros. Quisiéramos que este dia fuera señalado con el recuerdo de una compañía tan amable como la de vdes.

FORT.—¿Tendrán vdes. mas convidados sobre cubierta?

RIC.—No, absolutamente.

FORT.—Eso sí, porque yo soy intratable como una ballena. Por ejemplo, si estuviera aquí el tutor D. Aristeo, no me harian acercar á él ni con diez remos. Tuvimos en cierta época una cuestion, por esta casa nada ménos; tuve la fortuna de pasarle por ojo en el pleito, y él se contentó con echarme una andanada de insultos.

RIC.—Pero entiendo que el hombre debe estar olvidado de todo eso: al ménos á nosotros no ha llegado á decirnos una palabra sobre el asunto.

AST.—Conque, flanco derecho, mi querido Fortunato, armas á discrecion, marchen.

FORT.—Viremos á vabor, mi adorada Astrea.

AST.—Abur, queridos mios, ya contramarcharemos por acá.

LAU.—Hasta luego.

FORT.—Aquí anclaremos á las doce y media.

RIC.—Muy bien, hasta luego.—(*Se van. Dª Astrea tararea un toque de marcha.*)

ESCENA V.

Laura, Ricardo, Blasa.

LAU.—¡Ja! ¡ja! ¡ja! No me puedo acostumbrar á la gerigonza de los vecinos, y cualquier dia se me va á escapar la risa delante de ellos.

Ric —Efectivamente, es una pareja muy original.
Lau.—Ella, sobre todo.
Ric.—No tanto como él.
Lau.—Pero me das cosa mas extravagante en una mujer, que estar hablando continuamente de milicia?
Ric.—¿Y me das cosa mas extravagante en un hombre y en cualquiera, que estar aplicando á lo de tierra los términos de marina?
Lau.—¿Como estamos? ¿Me parece que defiendes á Dª Astrea....?
Ric.—No, hija mia, los dos me parecen unos entes excepcionales. Pero vamos á otra cosa: seria bueno, Laurita, que dieras tus órdenes á Blasa para que se arregle el negocio de la cocina lo mejor que sea posible.
Lau.—¡Se entiende! Aguárdame afuera, Blasa, para darte mis instrucciones.
Bla.—Muy bien, señora.—(*Se va.*)

ESECNA VI.

Ricardo, Laura.

Lau.—Ahora, veremos, si te parece, lo que dice la carta.
Ric.—¡Ah! si: ya se me iba pasando. Dice lo siguiente: —"Mi querido Ricardo. Mis negocios me obligan á hacer un viaje á México, adonde llegaré el 1° ó el 2 de Febrero: quiero pasar con vdes. el gran dia, aniversario de su casamiento. Dé vd. en mi nombre un abrazo á la hermosa Laurita, miéntras puedo estrecharla yo mismo contra mi corazon.—Hasta muy pronto.—Su viejo amigo.—*Aristeo Enredijos.*"
Lau.—Segun eso, debe estar aquí ahora mismo.
Ric.—A lo ménos, eso dice la carta.
Lau.—(*Aparte.*)—(La presencia de ese hombre me contraría y....)

Ric.—¡Estos correos! Debiamos haber recibido esta carta hace una semana.

Lau.—En tal caso, necesitamos apresurarnos á hacer los preparativos del almuerzo.

Ric.—Y arreglarle una pieza para que se aloje los dias que permanezca en México.

Lau.—¡Cómo! ¿Quieres que se venga á vivir con nosotros?

Ric.—No hallo inconveniente, pero si te opones, veremos cómo salimos del paso.

Lau.—Solo por lo que pudiera tener de embarazosa la presencia de un extraño......

Ric.—Pero D. Aristeo no es un extraño. Ha sido tu tutor, y seria una grave falta nuestra que le dejáramos irse á un hotel.

Lau.—Tienes razon, Ricardo.—(*Aparte.*)—(Ello es que el tal tutor me carga de una manera... Le aborrecí desde que tenia la pretension de casarse conmigo.)

Ric.—Mira, Laura, yo me voy al comercio á comprar vinos y algunas otras fruslerías para la mesa.

Lau.—¿Te vas solo?

Ric.—¿Quieres acompañarme?

Lau.—¿Y cómo no?

Ric.—Como es molesto eso de hacer compras......

Lau.—Adonde quiera que sea, vamos juntos. ¿Qué habias de andar haciendo solo en la calle como soltero? ¿Qué pensaria la gente?

Lau.—Traeme, pues, mi gorro. Se encuentra encima de la caja grande. ¿Vas, Ricardito? (*Con amabilidad pero con cierto imperio.*)

Ric.—¿Eh....? Sí, voy corriendo.—(*Aparte.*)—(A veces me parece que me quiere mandar mi mujer.)

ESCENA VII.

Laura.

¡Cuan obediente es Ricardo! Así es como deben ser los maridos......y todo consiste en una: no dejándoles sacar las uñas al principio, siguen despues dóciles como unos corderos.—(*Llamando.*) ¡Blasa! ¡Blasa!

ESCENA VIII.

Laura, Blasa, luego Ricardo.

BLA.—Vd. mande, señora.

LAU.—Voy á salir un momento; pero luego estoy aquí. Entre tanto, le darás la mano á la cocinera, procurando que todo esté limpio y bien sazonado.

BLA.—Sí señora.

LAU.—¡Cuidado! que yo he de revisarlo todo.

BLA.—Muy bien, señora.

LAU.—Sobre todo, el platillo de sopa de ostiones que tanto agrada á tu amo D. Ricardo, que esté de hacerse agua la boca.

BLA.—Pierda vd. cuidado, señora, por complacer al señor seré capaz de desnarizarme.

RIC.—(*Entrando con el sombrero de Laura.*)—¿Quién quiere desnarizarse por ahí?

LAU.—Esta buena muchacha, que entiende bien como debe servirles á sus amos.

Ric.—Gracias, Blasa, pronto estamos de vuelta. Si álguien nos busca, que no tardamos diez minutos.

Bla.—Está bien, señor.

Lau.—¿Vamos, pues, Ricardito?

Ric.—Vamos, vida mia.—(*Se toman del brazo y se van, dando señales de mucha satisfaccion. Blasa les sigue hasla puerta del fondo, y luego se vuelve.*)

ESCENA IX.

Blasa.

¡Bueno! ¡bueno! Ya van en la escalera, y todavía se hacen arrumacos...... Con quien me da rabia es con el entelerido de D. Ricardo que se deja mandar tan bonitamente de su mujer, permitiendo que le tome cuenta de sus acciones mas insignificantes...... Aquí realmente quien hace de marido es la señora.... ¡Si no me lo deja respirar....! y este hombre no se enfada.... El otro matrimonio de la vivienda principal, no es ménos pesado. Lo mismo que los consortes de acá, no se despegan el uno del otro en todo el dia: él hablando siempre de marina, y ella queriendo llevar su casa con arreglo á la ordenanza militar. Aquí se muere una de fastidio con esta monotonía. Ya tengo deseos de que haya una camorra, una insubordinacion cualquiera, como diria Dª Astrea, para que haya un cambio de vida; pero esto de ver todos los dias la misma cosa.... En uno y en otro matrimonio no hay mas que cumplimientos, palabras almibaradas y abrazos que es un juicio......Esto cansaria al mismo santo Job.

ESCENA X.

Blasa, D. Aristeo.

Arist.—¡Ah de esta casa! Buenos dias.
Bla.—Así los tenga el Sr. D. Aristeo.
Arist.—¡Calle! ¿Eres tú, Blasa?
Bla.—Servidora de vd.
Arist.—¡Ah picarona! Al fin vuelvo á encontrarte...... ¡Cómo me hiciste desesperar cuando te hacia la corte!
Bla.—Con razon.
Arist.—¿Por qué?
Bla.—¿Quiere vd. que le hable francamente?
Arist.—Sí.
Bla.—Tenia un buen acomodo y vd. me pareció muy feo.
Arist.—¡Sopla! ¿Yo feo....?
Bla.—¡Pues....! En la estension de la palabra.
Arist.—Es verdad, no soy bonito, pero te hice ofrecimientos capaces de tentar á una monja....no eran de echarse en sáco roto.
Bla.—Sin embargo, yo tenia de amante á un boquirubio que no lo hubiera cambiado por un príncipe.
Arist.—¿Y ahora estás vacante?
Bla.—El pícaro me dejó plantada de la noche á la mañana, yéndose con la mujer de su patron.
Arist.—¡Magnífico! ¡Soberbio....! Quiere decir que....
Bla.—Poco á poco. Tengo ya mucha experiencia y el arreglo que haga para lo sucesivo ha de ser maciso. Ya que me lleve el diablo, que me lleve en coche, ¿no le parece á vd?
Arist.—Exactamente.
Bla.—Así es, señor mio, que....
Arist.—Está bien, está bien. Yo te aseguro que hemos

de arreglarnos á contento de los dos. Pero vamos á otra cosa: dame razon de Ricardo y de mi pupila Laura.

BLA.—Fueron al mercado á comprar algunas zarandajas. Parece que tienen convidados á su mesa.

ARIST.—Sí, sí: á mas de ser aniversario de su boda, me aguardan indudablemente.

BLA.—¡Ahora caigo en la cuenta!

ARIST.—Y dime: ¿qué tal matrimonio?

BLA.—De los perros.

ARIST.—¿Cómo es eso....? ¿Tienen mala vida, eh?

BLA.—Todo lo contrario: lo que es ellos se la pasan todo el dia diciéndose requiebros....

ARIST.—¿Y bien?

BLA.—Es lo que me acatarra.

ARIST.—¿Qué dices?

BLA.—Que el Sr. D. Ricardo y la Señora Dª Laurita, viven como dos pichones ni mas ni ménos.

ARIST.—¿Conque son dichosos?

BLA.—Si la dicha consiste en estarse queriendo tan empalagosamente, sí Señor.

ARIST.—(*Aparte.*)—(Esto me contraría horrorosamente. ¡Son felices....! ¡Ay! ellos pueden serlo, pero yo....felices...!! Esta palabra me hace un efecto diabólico....Yo aguardaba que despues de un año de matrimonio, Laura se desilusionaria como las demas mujeres....aguardaba encontrarme con una fortaleza mas accesible....¡Pero para que Laura ame todavía á su marido es necesario que este sea un zote!... Si habrá salido uno de tantos mentecatos que se esclavizan con sus mujeres....¡Diablura mayor....!)

BLA.—Se ha quedado vd. pensativo.

ARIST.—De suerte que desde que tú estás á su servicio, ¿no has observado que tengan alguna incomodidad?

BLA.—Ni por pienso.

ARIST.—Acaso ligeros disgustos....

BLA.—Ni aun eso, no señor. Aseguro á vd. que estamos aquí en un paraíso terrenal, con estos dos matrimonios.

ARIST.—¿Pues cuál es el otro?

BLA.—El de D. Fortunato Escotilla y Dª Astrea Trabuco, nuestros vecinos.

ARIST.—¡Ah! No me acordaba que esta casa fué la que me ganó el tal D. Fortunato en un pleito abominable.... Con razon se llama D. Fortunato.... ¿Y está alquilando este departamento al marido de mi pupila?

BLA.—Sí, señor.

ARIST.—(*Aparte.*)-(El cielo me los pone á todos juntos: tambien necesito vengarme de ese miserable.)

BLA.—Pero ¡válgame la vírgen! aquí charlando se me pasa el tiempo y tengo muchísimo quehacer.

ARIST.—Aguarda otro momento, que no te ha de pesar. Dime, Blasa, ¿dices que esa otra pareja tambien lo pasa bien?

BLA.—Ni mas ni ménos, lo mismo que la de este departamento.

ARIST.—¿Sí, eh?

BLA.—Con la sola diferiencia de que allá se dicen los requiebros marina y militarmente, se dan los besos al toque de corneta y se hacen todas las demas operaciones al compaz de la caja....miéntras que aquí siguen el órden comun y ordinario.

ARIST.—¡Eres lenguaraz, Blasa!

BLA.—Vd. va á verlo con sus propios ojos. Precisamente esta es la hora en que D. Fortunato y Dª Astrea acostumbran bajar al jardin á tomar sol, sin duda para que no se les enfrié el corazon, y apostaria cualquiera cosa á que si estan allí, se ocupan de algo que venga á probar mi dicho. Acérquese vd. á la ventana.

ARIST.—Veamos.

BLA.—¿Qué tal, eh....? Allí están. ¡Y luego dirá vd. que soy habladora!

ARIST.—Efectivamente, allí están. El rodea el talle de Dª Astrea con sus brazos, y ella le tiene asido por el cuello á guisa de querer....¡Se dan un beso!

BLA.—¿No lo decia yo? Seguro que ahora va á continuar el fuego graneado, como dice ella.

ARIST.—¡Es un bonito jardin....! ¡Y pensar que este jardin era mio y que he perdido esta magnífica casa por impericia de mi abogado......—(*Aparte.*)—(¡Ah! ¡D. Fortunato! ¡D. Fortunato! Esto no puede quedar así...... Es

preciso concertar bien un plan de venganza contra D. Fortunato, y otro para que Laura venga á dar á mis brazos... Busquemos......)

Bla.—Pero vd. se distrae á cada momento.

Arist.—(*Aparte.*)—(Ya lo he encontrado... Sí... ¡magnífico......! Con una piedra se matan dos pájaros...)

Bla.—¿Qué habla vd. de pájaros?

Arist.—¿Dices, Blasa, que estás enfadada de la monotonía en que vives?

Bla.—Mas que un comerciante de mostrador.

Arist.—Pues mira, voy á imponerme la tarea de procurarte distracciones.

Bla.—¿Cómo?

Arist.—Yo pienso permanecer aquí unos ocho dias cuando ménos: en este tiempo nos divertiremos juntos. ¿Quiéres aliarte conmigo para que pasemos la vida un poco mejor?

Bla.—Segun y conforme.

Arist.—En primer lugar, te diré, que yo estoy dispuesto á llevarte conmigo siempre que aceptes mis proposiciones, sin que en caso contrario dejemos de ser amigos ni de llevar nuestra alianza adelante.

Bla.—¿Y cuáles serán las condiciones?

Arist.—Que dispondrás de todo lo mio, que no es poco, para que gastes en lo que quieras. No soy pobre, ya bien lo sabes, he sido albacea cuatro veces, y eso deja dinero...

Bla.—Sí, por aquello de que en arca abierta el justo peca.

Arist.—¡Mordaz......! Te pondré una casita como la desées, y dispondrás de un viejo amante que se morirá por tus pedazos.

Bla.—(*Aparte.*)—(Eso solo es lo que no me gusta.)

Arist.—¿Qué dices?

Bla.—Yo resolveré.

Arist.—¿Cuánto ganas aquí al mes?

Bla.—Ocho pesos, amen de las galas.

Arist.—Pues aquí tienes por lo pronto el salario de diez meses que vas á ganar en un momento de la manera mas sencilla.

BLA.—¿Sí?

ARIST.—Y que te proporcionará la ventaja de divertirte.

BLA.—No comprendo.

ARIST.—Voy á explicártelo. Yo escribo cuatro papeles, y tú te encargas de hacerlos llegar á las manos de nuestros cuatro casados sin que sepan cómo ni de dónde les caen.

BLA.—Pero eso es imposible.

ARIST.—¡Bah! No lo será si tú te das maña.

BLA.—¿Cómo?

ARIST.—Haciendo que cada uno reciba el suyo como llovido del cielo.

BLA.—Tratarán de averiguar......

ARIST.—Pero como los papeles han de ser anónimos.

BLA.—Dígame vd. qué fin se propone.

ARIST.—Despues verás: lo que te garantizo es, que el ardid en nada te compromete; solo que tienes que cerrar la boca y los ojos á todo cuanto pase. De todas maneras, tú aseguras cinco onzas que tienes en tu poder, amen de otras cinco que te daré despues para que te quites de servir si quieres, y te vayas á vivir en donde te convenga, si no aceptas mi amor. (*Aparte.*)—(¡Ya despues te sacaré las oncitas del cuerpo!)

BLA.—(*Aparte.*)—(Bien pensado, es mucho lo que gano y poco lo que arriesgo...... Ademas, estoy muy fastidiada, y el vejete me asegura que me divertiré.)—(*A D. Aristeo.*)— Vengan los papeles.

ARIST.—Voy á escribirlos.—(*Se sienta y escribe.*)

BLA.—(*Aparte.*)—(Con razon el tal D. Aristeo se apellida Enredijos: apénas llega, y ya quiere sin duda revolver la casa ántes de saludar. Es indudable que el proyecto que trae entre manos no debe ser cosa buena. ¡Dios me libre de semejante vejestorio...! ¡Hé allí una sonrisa verdaderamente diabólica! ¡Qué cara tan horrible pone al estar escribiendo! ¿Y yo habia de aceptar el amor de semejante escarabajo? Mereceria que me enterraran viva...... Pero ¿qué contendrán los dichosos papeles......? Alguna de esas marañas que tanto gusta de urdir D. Aristeo...... Tentada estoy de quedarme con las cinco onzas y decírse-

lo todo á D. Ricardo: pero ¿y si despues me las quitan...? ¡Cinco onzas...... el trabajo de dos años ganado en un instante......!)

Arist.—Aquí están.

Bla.—Bien.

Arist.—Son cuatro papeles doblados en forma de cartas, con sus diversas direcciones, ¿comprendes?

Bla.—Sí, señor.

Arist.—Procura que todos las reciban casi simultáneamente. Ya verás cómo vamos á divertirnos.

Bla.—¿Pero qué contienen?

Arist.—Ya lo sabrás despues.

Bla.—Corriente. Hasta luego.

Arist.—Una palabra mas, Blasa. Bien puede ser que no sea necesario poner en juego esta intriguilla.

Bla.—¿Sí?

Arist.—Para saberlo, necesito hablar las primeras palabras con Ricardo y Laura.

Bla.—Y en ese caso, ¿cómo he de saber si entrego ó no las cartas?

Arist.—Con una contraseña cualquiera.—(*Medita.*)—Luego que hayan llegado y adviertas que he cruzado con ellos las primeras palabras, te presentarás con cualquier pretexto á donde yo me encuentre; y si te pregunto: ¿no almorzamos hoy, Blasa? ya no tienes mas que hacer.

Bla.—De suerte que si vd. me pregunta, aunque sea delante de todos, ¿no almorzamos hoy, Blasa? reparto los papeles.

Arist.—Exactamente.

Bla.—¿Y si vd. no me dice nada?

Arist.—Es claro que ya no hay necesidad de ellos; pero de todos modos, el dinero es tuyo.

Bla.—He comprendido, y me marcho, pues no tardarán en llegar mis amos y no he hecho nada, aquí entretenida con vd.

Arist.—Antes venga un abrazo á cuenta de los muchos miles que tenemos que darnos.

Bla.—Nones...... Los viejos indigestan......—(*Vase corriendo.*)

ESCENA XI.

Don Aristeo.

¡Pícara! y me deja con un palmo de narices...... la juzgo capaz de quedarse con mis onzas sin concederme nada; pero en cambio, me sirve en el otro negocio......¿Y si fuera á cometerme una avilantez......? ¡ca! eso no es posible, con dinero baila el perro, como dijo el otro.... Conque, entremos á cuentas: yo he venido aquí con la esperanza de conquistar á Laura, ¡empresa descabellada! convengo en ello, mas que es preciso acometerla, porque un año no ha sido bastante á apagar la llama que tengo en el corazon por esa muchacha..... Ella me recibirá mal, se mostrará inexorable como siempre, porque aun está enamorada de su marido, segun me ha informado Blasa; pero me queda el medio de poner en práctica la máxima de Maquiavelo: *Dividir para reinar;* y lucharé hasta donde tenga fuerzas... El haber aquí otro matrimonio, del cual forma parte el tal D. Fortunato, ayuda admirablemente á mis planes..... Aquí viene ya Laura...... siento qua las fuerzas me faltan......

ESCENA XII.

D. Aristeo, Ricardo, Laura.

Ric.—¡Ya está aquí D. Aristeo! Amigo......
Arist.—¡Querido Ricardo!—(*Se abrazan.*)
Lau.—Señor..... (*Tendiéndole la mano con frialdad.*)

Aris—¡Laurita de mi corazon!—[*Hace ademan de tenderle los brazos, y se queda petrificado al ver la actitud de Laura.*]—[*Aparte.*]—[Ah ¡me desprecia......! ¡me humilla......!]

Ric.—¿A qué dicha debemos...?

Arist.—Entiendo que no ha de ser dicha para vdes., y ménos para Laura, pues nunca ha profesado mucho cariño á su viejo tutor; pero, ¡qué quieren vdes! tuve alboroto de sentarme á su mesa en el aniversario de sus bodas... Se los he avisado por medio de una carta.

Ric.—La hemos recibido.

Lau.—Y tenemos bastante gusto....

Arist.—(*Aparte.*)—(Lo dices muy glacialmente para que te lo crea.)

Ric.—Y aguardábamos á vd. con ansia.

Arist.—Gracias.

Ric.—Y nos hemos propuesto detener á vd. en esta pobre casa miéntras permanezca en México.

Arist.—Veremos si mis negocios me permiten quedarme dos ó tres dias.

Lau.—(*Aparte.*)-(Será una iniquidad.)

Ric.—Ya trataremos de robárnoslo á vd. el mayor tiempo posible.

Arist.—(*Aparte.*)—(Tentaremos por otro lado.)—(*A Laura.*)-Tú, Laurita, cada dia mas hermosa.

Lau.—Favor que vd. me hace....

Arist.—(*Aparte.*)-(Malo)-(*A Laura.*)-Con razon no te haces nada, ya sé que son vdes. dichosísimos.

Lau.—Efectivamente, desde que me casé con Ricardo soy la mujer mas feliz.

Arist.—¡Cuánto me alegro....! Era lo que mas ambicionaba mi corazon; que mi pupila estuviera contenta en su estado....¡Si la dicha de vdes es capaz de volverme loco!... ¡Te queria tanto, Laura, y deseaba tantos bienes para tí!

Lau.—Mil gracias, señor....—(*Aparte.*)—(Pues parece que está hablando con sinceridad.)

Ric.—Nosotros sí que recibimos una agradable sorpresa con su llegada.

Arist.—¿No me aguardaban?

RIC.—Todavía ayer no pensábamos que vd. estuviera con nosotros este dia.

LAU.—(*Con intencion.*)—Yo desde que me casé no creia que nos volveriamos á ver mas.

ARIST.—(*Aparte.*)—(¡Aprieta!)—Imposible que yo hubiera podido dejar de verte por mas tiempo.

RIC.—(*Aparte.*)—(¡Con qué dureza trata Laura al tutor!)

ESCENA XIII.

Dichos, Blasa.

BLA.—¿Me habla la señora?

LAU.—No.

ARIST.—(*Aparte.*)—(Blasa he venido para que le dé la señal....¿Llevaré adelante mi proyecto,...? Sí, me perderé junto con ella ó quedaré vengado.)

LAU.—¿Qué aguardas?—(*A Blasa.*)

ARIST.—¿No almorzamos hoy, Blasa?

BLA.—Sí, señor: se está haciendo el almuerzo y dentro de una hora á lo mas quedará vd. servido.—(*Aparte.*)-(Será lo que me tarde en repartir los condenados papeles.)

ARIST.—Bien, date prisa.

RIC.—Si vd. se siente con necesidad, se le puede improvisar miéntras cualquiera cosa.

ARIST.—No, no; mejor me aguardo para comer con mas apetito.

RIC.—Como vd. guste.—[*Váse Blasa.*]

ESCENA XIV.

Dichos, ménos Blasa.

LAU.—Dejaremos al Sr. D. Aristeo en posesion de esta pieza miéntras se le arregla una para la noche, ¿no te parece, Ricardo?

ARIST.—No se molesten vdes. por mí.

LAU.—No diga vd. eso.

RIC.—Y como ha de estar fatigado del camino, le dejaremos que descanse ántes de sentarse á la mesa.

LAU.—Es muy justo, Ricardo. Con permiso de vd.

ARIST.—Vayan vdes., que yo he robado ya mucho tiempo á su felicidad.

RIC.—Sabe vd., amigo mio, que esta es su casa y que puede hacer y deshacer en ella á su entera satisfaccion.

ARIST.—¡Tanta bondad....!

LAU.—Lo mismo digo yo.

ARIST.—Gracias, hija mia.

RIC.—Pronto será vd. llamado al comedor.

ARIST.—No se apresuren por mí....

RIC.—Hasta lueguito.

LAU.—Adios, señor.—(*Se van.*)

ESCENA ULTIMA.

Don Aristeo.

¡Ah! ¡terrible pupila! ya te pesarán los desprecios que me haces......¿Con que en esta casa reina la felicidad? Pues ya Blasa está encargado de arrojar en ella la manzana de la discordia. [*Se sonrié irónicamente y cae el telon.*]

FIN DEL PRIMER ACTO.

Acto Segundo.

Uua sala de tránsito, con varias puertas al fondo y costados. Mesa con recado de escribir.—Es de dia.

ESCENA I.

D. Aristeo, luego Blasa.

Arist.—[*Llamando.*]—¡Chist.... ¡Chist...! ¡Blasa! ¡chist!... Ven un momento...... ¿Eh......? Una sola palabra.

Bla.—[*Desde la puerta.*]—Voy, voy, déjeme vd. observar si viene álguien por aquí, porque es necesario que no nos vean hablar.... No: parece que no hay nadie.—[*Entra.*]

Arist.—¿Cómo te has compuesto para entregar los anónimos?

Bla.—Con mil trabajos: para sustos no he ganado.

Arst.—Cuéntame.

Bla.—A D. Fortunato le metí el suyo en el periódico que le trajo el repartidor, y yo le ví que al leerlo dió un salto, como si le hubiera picado un alacran, exclamando: ¡fuego! ¡al abordaje!

ARIST.—¡Magnífico!

BLA.—Dª Astrea se encontró el que le correspondia, en su delantal encarnado que le trajo la planchadora. Buenas mañas me dí para embobar á aquella pobre mujer hasta que lo hube introducido en el bolsillo.

ARIST.—¿Y lo leyó ya?

BLA.—Por supuesto. Luego que se impuso de él empezó á gritar: ¡Al arma! ¡El enemigo encima!

ARIST.—Bien: prosigue.

BLA.—La señorita Laura recibió el suyo en un libro de devociones que le trajeron del cajon: parece que lo habia dejado apartado esta mañana que salió con su marido.

ARIST.—¿Y leyó el papel?

BLA.—Cien mil ocasiones.

ARIST.—¿Y qué hizo?

BLA.—Arrojó el libro furiosa contra el suelo, se levantó como loca y anduvo registrando la papelera y los bolsillos de D. Ricardo. Este que siempre es muy complaciente, la dejó hacer, preguntándola solamente de cuando en cuando: ¿qué tienes, vida mia?

ARIST.—Ha salido mejor que como me lo esperaba.

BLA.—Ahora solo me queda la carta para D. Ricardo y no encuentro mas recurso que entregársela en mano propia.

ARIST.—Bien: entónces le pondremos cubierta y encima escribiré estas palabras. "Reservada y urgente" para que no corra el riesgo de ser vista por su mujer. Precisamente aquí tenemos recado de escribir.

BLA.—Aquí está el papel.

ARIST.—¿No nos mira nadie? Asómate.

BLA.—Tienen bastante que hacer entre ellos para que se ocupen de nosotros.

ARIST.—Pues manos á la obra.—(*Escribe.*)

BLA.—(*Aparte.*)—(¡Qué mala pécora es D. Aristeo! ¿Cuánto vamos apostando á que va á producir un cataclismo en esta casa? Muy capaz es de revolver un reino entero.)

ARIST.—Aqní la tienes: en el momento dado, llegas li-

samente y se la entregas.

Bla.—¿De parte de quién?

Arist.—De parte de nadie. Le dices solo que le han traido esa carta y que el portador no ha querido aguardar respuesta.

Bla.—Pues me eclipso.

Arist.—¿No me das ántes el abrazo que me debes, princesa mia?

Bla.—A la botica.

Arist.—Tú me la pagarás, rapazuela.

Bla.—¡Abur, papá!—[*Váse haciendo una mueca.*]

ESCENA II.

Don Aristeo.

Graciosa es la tal muchacha como una cervatilla! ¿Pero podria en alguna manera su posesion consolarme de la pérdida de Laura....?¡Ay! si yo consiguiera una caricia, una sola caricia de esa jóven por quien alimento esta pasion insensata....me moriria de placer en seguida.... tanto, tanto la amo!...Y cuando era su tutor llegué á concebir esperanzas....pero le parecí viejo, repugnante, y fué tirana conmigo por demas....¡Viejo! y no vió que mi corazon rejuvenecia por ella....¡Repugnante....! mas lo que yo queria era ser su esclavo...... En fin.... todavía la adoro, y acaso con mas ardor que ántes....todavía estoy en camino de alcanzarla......Por hoy tiene el dardo clavado en el centro del corazon... desconfia de Ricardo... Bien pudiera ser que... Aquí vienen los dos.

ESCENA III.

Don Aristeo, Ricardo, Laura.

Lau.—(*Aparte.*)—(Aquí está ese hombre: no tiene uno libertad para nada con él aquí.)

Arist.—Bien venidos, Ricardito.... Laurita......

Lau.—¡Ah! no creiamos encontrar á vd. en esta sala.

Arist.—¿Pues en dónde, hija mia?

Lau.—Pensábamos que se habia vd. recostado...... el cansancio del camino......

Arist.—No ha sido nada.

Lau.—Siempre......el golpeo del carruage....

Ric.—Nosotros íbamos á dar prisa al almuerzo; estará vd,, querido D. Aristeo, con una hambre atroz.

Arist.—Aseguro á vdes. que voy á comer con apetito; pero todavía es temprano, acaban de dar las doce...... no hay que festinar á las gentes de la cocina.

Lau.—(*Aparte.*)—(¡Ah! Ellos comerán, ¡pero yo que me estoy ahogando!)

Arist.—Estás un poco pálida, Laurita, ¿te sientes mala?

Lau.—Estoy ligeramente indispuesta, pero no es casi nada.... no vale la pena.

Arist.—(*Aparte.*)—(¡Mujeres! ¡mujeres! ¡cómo saben disimular!)

Ric.—Lo mismo la dije yo hace un momento, y estuvo á punto de incomodarse conmigo.

Lau.—Porque son imprudencias tuyas tomar con teson una cosa que fastidia. Si estuviera realmente mala, ya me habria puesto en curacion.

Arist.—Nada, nada: la naturaleza en las mujeres casadas es delicadísima.

Lau.—Mejor es hablar de otra cosa.

ARIST.—Mi afan es solo complacerte, hija mia. [*Aparte.*) (Siempre me trata con dureza.)

RIC.—¡Ah! se me pasaba referir á vd. una pequeña historia, mi querido D. Aristeo.

ARIST.—¿Cuál?

RIC.—Al saber D. Fortunato que vd. habia llegado á casa, no hallaba qué hacer.

ARIST.—¡Cómo!

RIC.—Le habiamos convidado con anticipacion á sentarse en nuestra mesa, pero hoy ya se resistia á concurrir por no encontrarse frente á frente con la parte contraria del pleito que ganó.

ARIST.—¡Ah! ¡mi buen marino! De veras que no deja de ser candoroso.

RIC.—¡Vd. verá!

ARIST.—Creyó sin duda que iba á comérmelo.

RIC.—Pensaba, segun me dijo, que le guardaria vd. algun rencor, no tanto por la adquisicion de la casa, cuanto por las palabras duras que mediaron.

ARIST.—¡Phsé! ¿quién se acuerda ya de eso?

LAU—[*Aparte*] (Me abismo al ver la tranquilidad con que habla Ricardo siendo criminal. ¿Será poble, ¡Dios mio! que sea tan hipócrita?)

ARIST.—No, pues será necesario que vd. diga al buen D. Fortunato, que absolutamente he echado un velo al tal pleito y que aun estoy dispuesto á que seamos amigos.

LAU.—(*Aparte.*) (No conozco á mi tutor: se le ha cambiado el corazon.)

RIC.—Le he indicado algo semejante, pero ya sabe vd. que nuestro marino es duro de cascos.

ARIST:—¿Pero vendrá al almuerzo?

RIC.—Así me lo ha ofrecido al ménos.

LAU.—[*Aparte*] (No, un hombre que se muestra tan sereno, no puede ser culpable......¿Habré, pues, recibido un aviso falso......? ¿Y qué experiencia tengo yo de los hombres......?)—[*Llega Blasa con una carta.*]

ESCENA IV.

Dichos, Blasa.

BLA.—Una carta para el Sr. D. Ricardo.

RIC.—Venga acá. [*Leyendo el sobre*] "Reservada y urgente." Veamos. [*Con estrañeza.*]

LAU.—¿Quién te escribe? (*Acercándose.*)

RIC.—[*Lee para sí*] (*Aparte, agitado y observando fijamente á su mujer..*) (¡Es imposible.......!) (*A Laura.*) Laura...... tú...... (*Aparte.*) (Seria capaz de......)

LAU.—Bien, ¿qué es, pues?

RIC.—Es que...... tú......veremos.... no, no es nada......

LAU.—(*Aparte.*) (¡Cómo se ha turbado....! Si no atina con dos palabras.) (*Vuelve á leer Ricardo.*)

ARIST.—(*A Blasa indicándola que se vaya.*) Vamos, Blasa, ¿cuándo me traerás la noticia de estar puesta la mesa?

BLA.—Al momento. (*Va á marcharse.*)

RIC.—Aguarda. ¿Quién te entregó esta carta?

BLA.—Un hombre.

RIC.—¿Está ahí?

BLA.—Se ha marchado sin querer aguardar respuesta.

RIC.—¡Condenacion......! trae mi sombrero.

BLA.—Voy corriendo. [*Vase*].

ARIST.—¿Quién le escribe á vd., amiguito?

RIC.—Una persona que......

ARIST.—¡Ah! ¿no se puede decir....?

RIC.—Se refiere á un asunto de importancia..... á.... ¡qué sé yo......! (*Muy agitado*).

LAU.—¿Y vas á salir?

RIC.—Sí

LAU.—Pero si no has almorzado aún......
RIC.—No importa.
LAU.—Parece que te preocupa esa carta.
RIC.—¡Mucho......! ¡mucho.......!—(*Paseándose*)
LAU.—¿Y no puede verse....?
RIC.—¡Dios mio....! Dios mio....!
LAU.—¿Me enseñas esa carta, eh?
RIC.—Ahora no.
LAU.—Es que nunca me has ocultado nada.
RIC.—Es que.... hoy me da gana de hacerlo......
LAU.—¿Qué dices......?
RIC.—Que eres una.... mejor es callar.
LAU.—¡Ricardo......! (*Con reconvencion*)
RIC.—¡Laura! (*Enojado*).
LAU.—Déjame leer esa carta.
RIC.—¡Imposible!
LAU.—¡Ah....! ¡pérfido!
RIC.—Eres una hiena....! No sé lo que digo....
LAU.—(*Aparte*). (Ahora sí ya no me cabe duda, Ricardo me engaña......)

RIC.—(*Aparte*]. [No puede caber en mi juicio esa calamidad...... ¡Serme infiel Laura, la que yo juzgaba una santa!]

LAU.—(*Aparte*) (¿De quien otro puede ser esa carta que me oculta con tanta obstinacion, sino de una mujer?)

RIC.—[*Aparte*]. (¿Pero qué hombre será el que me roba su corazon?)

LAU.—(*Aparte.*) (Yo no he de parar hasta descubrirlo todo, y entónces veremos.)

RIC.—(*Aparte.*) (¡Ah! Todas las mujeres lo mismo, ¡todas infames!

ARIST.—(*Aparte.*) (Parece que la bomba ha causado mas esplosion de lo que yo me imaginaba.)

BLA.—(*Entrando.*) Aquí está el sombrero.
LAU.—¿Siempre te vas?
RIC.—Sí.
LAU.—¿Sin almorzar?
RIC.—Sí.

Lau.—¿Sin enseñarme la carta?
Ric.—Sí.
Lau.—¿Es decir que no atiendes á mis ruegos?
Ric.—No.
Lau.—Pues eres un...... ¡villano!
Ric—Y tú una...... ¡cualquiera!
Lau.—Mira, Ricardo, es la primera vez que observas conmigo esa conducta......

Ric.—Porque es la primera vez que te muestras imprudente y necia.

Lau.—¡Ah! Bien lo sabia yo: tú eres un hipócrita, un..
Ric.—Y tú una mogigata, una......
Lau.—Ricardo, por Dios...... (*Llorando.*)
Ric.—Lágrimas ahora.... Eso solo me faltaba.... Me marcho.

Lau.—Alguna mala mujer te arrabata de mi lado....
Ric.—¡Silencio, señora! Aquí nadie mas que yo tiene derecho de levantar la voz.

Lau.—¡Infiel...... ¡malvado......! Ni siquiera por haber gente estraña me respetas.

Ric.—(*Con impaciencia.*) ¡Oh....! Perdone vd., Sr. D. Aristeo, este mal rato...... nunca lo habiamos tenido, se lo juro á vd., pero hoy se presentan incidentes inesperados, motivos graves......

Arist.—No me diga vd. nada.......
Ric.—En fin, no estoy en mí......necesito respirar el iare libre......y.... volveré...... Es preciso que Laura y yo tengamos una esplicacion....

Lau.—No deseo otra cosa: la tendremos, si es que te queda un resto de pudor.

Ric.—Hasta luego. (*Vá á marcharse, pero Laura se le pone al paso.*)

Lau.—No saldrás.
Ric.—¿Cómo que no saldré?
Lau.—No señor.
Ric.—¿Crees que siempre he de ser el tonto sumiso,...? Quita: no me obligues á forzar el paso.

Lau.—Pero si yo no quiero que te vayas.... no quie-

ro.... mi corazon me avisa algo malo....

Ric.—(*Exasperado.*) Déjame.

Arist.—¡Ah Ricardo! vd. que está acostumbrado á ser obediente con su mujer, ¿quiére desobedecerla ahora?

Ric.—Por llevar la paz en la familia he obsequiado siempre sus caprichos; pero esto se va haciendo intolerable. En adelante yo seré el que mande en mi casa.

Arist.—Vd. sabe lo que se pesca.

Ric.—Paso.

Lau.—No pasas.

Ric.—Paso, digo.

Lau.—No.

Ric.—Te digo que sí.

Lau.—Te digo que no.

Ric.—Apártate, Laura.

Lau.—No te dejo salir.

Ric.—Pues bien, tú lo has querido. (*La aparta con violencia y sale.*

ESCENA V.

Don Aristeo, Laura.

Lau.—(*Llorando.*) ¡Ah....! ¡infame! Despues que me engaña, me maltrata...... ¡esto es insufrible....! Hoy mismo abandono esta casa para siempre.

Arist.—(*Aparte.*) (Es lo que yo quiero). (*Tomándola una mano*). Serénate, Laurita, enjuga esas lágrimas vida mia, puede venir alguna persona estraña, y Dios sabe lo que se figurará.—(*Aparte.*) (Me quemo con su contacto......!)

Lau.—Pero es increible el cambio que se ha operado en Ricardo, señor.... Esto me duele tanto mas, cuanto que no me lo imaginaba.

Arist.—Yo me encuentro completamente á oscuras respecto de lo que pasa á vdes... Ya ves que acabo de llegar...

LAU.—Ricardo era muy bueno, y muy complaciente... todavía hace dos horas me estaba jurando un amor eterno.... promesas mentidas que siempre vienen á parar en humo......

ARIST.—¿Y bien......?

LAU.—Imposible que ántes saliera á la calle sin pedirme permiso...... Todavía ayer le invitaban unos amigos al "Petit Versailles" y no fué, porque yo no quise que fuera.

ARIST.—Es extraordinario.

LAU.—Y cuando yo le dejaba salir, no se iba nunca sin darme un abrazo, sin hacerme una caricia...... ¡Ah señor! ha cambiado horriblemente.

ARIST.—¿Y á qué atribuyes eso?

LAU.—¡Oh! Yo lo sé bien.... pero es imposible decirlo.

ARIST.—¿Tenemos misterios, eh?

LAU.—Apénas puede creerse lo que me pasa...... ¡los hombres! ¡los hombres......! Quien le hubiera visto tan rendido y tan amoroso, no podria decir que es un falso.

ARIST.—Empiezo á comprender: parece que se trata de una infidelidad.

LAU.—Sí señor, eso precisamente. Al cabo vd. es de la familia y puede saberlo todo.

ARIST.—Si es un secreto, yo lo reservaré.

LAU.—Ya se acuerda vd. cuanto nos amábamos Ricardo y yo, y con qué placer nos unimos contra la voluntad de vd., que lo mismo que otros hombres, deseaba mi mano. Pues bien, señor, despues de ese memorable dia, hemos pasado un año delicioso. Ni él ni yo, á lo ménos en la apariencia, hemos encontrado motivo para echarnos algo en cara: los dos hemos sido tiernos y solícitos, los dos hemos sabido sobrellevarnos con amabilidad: él acatando mis menores caprichos, yo pagándole con caricias todas sus complacencias. Jamás llegué á imaginarme que detras de tanta asiduidad, estaba el engaño, la traicion...... Hasta hoy se ha descorrido delante de mis ojos el velo que cubria las maldades de Ricardo.

ARIST.—¿Y cómo ha sido?

LAU.—Alguna de esas personas que se duelen de la

suerte de una mujer desventurada, me ha querido hacer un servicio......

ARIST.—¿Cuál?

LAU.—Avisarme por medio de una carta que Ricardo me vende.

ARIST.—¿Una carta?

LAU.—En la que se me asegura de la manera mas formal que Ricardo ama á otra.

ARIST.—¿Y quién es el que firma?

LAU.—No firma nadie, esa es la desgracia.

ARIST.—Pero hija mia, ¿quién hace caso de un anónimo?

LAU.—Yo no le hubiera dado el menor crédito; pero mis sospechas se han confirmado con la conducta de Ricardo.

ARIST.—Eso sí.

LAU.—El ha recibido una carta en mi presençia que no ha querido enseñarme, cuando ántes nada me ocultaba, ¿qué quiere decir eso? El jamás me habia tratado con tanta dureza, señor, y los hombres que tratan así á sus mujeres, es porque ya no las aman.

ARIST.—Pero....

LAU.—Ricardo se ha marchado en el acto, sin atender á mis razones, sin ver que tenia convidados á su mesa, y eso prueba que se le daba una cita á la cual no podia faltar....

ARIST.—Es verdad.

LAU.—Ricardo no tiene quien le llame ni quien le escriba reservadamente: para mí no puede tener ni ha tenido negocio que yo no le conozca, ¿qué significa, pues, ese modo de obrar ahora?

ARIST.—Pues, hija mia, desgraciadamente tienes razon en todo lo que dices.

LAU.—Mire vd. la carta que he recibido en el devocionario que compré esta mañana. Lea vd.

ARIST.—[*Leyendo.*]—"Hay uno á quien se está engañando en esa casa miserablemente.—Abrid los ojos.—*Un amigo de la virtud ultrajada.*"

LAU.—¿Ya lo ve vd?

ARIST.—¡Qué particular! ¡Y sobre esa carta venir la

conducta excepcional de Ricardo! Pero sin embargo.... ántes......

LAU.—Es que estaba ciega, es que no habia pensado en observar sus acciones; pero ahora ya veo que lo que queria era desorientarme con sus protestas fingidas....¡quién sabe desde cuándo me estará engañando! Ahora mismo me trajo un ramillete, que sin duda recibió de manos de otra mujer.... Yo le arrojaré los pedazos á la cara.

ARIST.—Pero ten calma, Laurita.

LAU.—No es posible ver con indiferencia esas cosas.

ARIST.—Pues yo, en mi deber de antiguo tutor tuyo, y albacea de los intereses de tu padre, que fué mi amigo íntimo y que tanto me encargó tu cuidado ántes de morir, estoy en el caso de ofrecerte mi débil apoyo para el caso de que lo necesites. Tienes desde luego mi casa á tu disposicion, no puedo hacer mas en favor tuyo.... Si en mi mano estuviera devolverte el cariño de tu esposo, creelo, hija mia, yo te lo devolveria.

LAU.—¡Oh! gracias, señor, mil gracias....

ARIST.—Te lo repito: si tú juzgares necesario buscar un asilo seguro, no tienes ni que vacilar: te irás conmigo, miéntras puedo reunirte con tu madre que se encuentra ahora tan lejos. Entretanto, yo que te profeso un profundo cariño, yo que hubiera sido el mas feliz de los mortales llamándote mi esposa, yo que me hubiera arrastrado el resto de mis dias á tus piés como un esclavo...... yo.... velaré por tí, hija de mi alma, seré un guardian respetuoso y sumiso, un criado humilde que tendrás á todas horas listo á obedecerte y á servirte.

LAU.—Estoy profundamente reconocida, señor, pues en los momentos de la desgracia es cuando se conoce á los verdaderos amigos.—(*Aparte.*)—(No me parece ya tan repugnante D. Aristeo. No es un hombre tan malo como yo me lo figuraba.)

ARIST.—(*Aparte.*)—(Se va domesticando la fiera.)

LAU.—Mire vd., D. Aristeo, á estas horas no hay mas que una idea que me preocupa.

ARIST.—Habla.

Lau.—Quisiera saber á donde ha ido Ricardo. Sé muy bien que es indigno de una señora espiar á su marido; pero estoy loca de desesperacion y quiero cuanto ántes conocer toda la realidad. ¿Me acompaña vd. á la calle?

Arist.—Me tienes enteramente á tus órdenes, Laurita.

Lau.—Muy bien, gracias. Blasa, mi manteleta, mi sombrero.

Arist.—Solo me permitirás hacerte observar que la hora no es muy á propósito.

Lau.—No pasarémos de las calles inmediatas. Si Ricardo tiene una amante, ha de estar muy cerca, muy cerca, pues casi nunca sale de casa fuera de las horas de sus negocios.

Bla.—[*Trayendo el abrigo y el sombrero.*]—Aquí estan.

Arist.—Vamos, pues.

Lau.—Volvemos pronto.(*A Blasa.*)

Bla.—Está bien, señora.—(*Vanse.*)

ESCENA VI.

Blasa.

¡Hola! ¡Hola! mi viejo Pluton se va de bracero con la señora de mi amo D. Ricardo. Esto me da mala espina. ¿Cuánto vamos apostando á que todas sus intrigas se reducen á birlarse á la pupila, de quien estaba ántes tan enamorado? ¡El demonio del viejo! Voy á verlos por el balcon.—(*Hace ademan de irse, al tiempo que le habla D. Fortunato.*)

ESCENA VII.

Don Fortunato, Blasa.

Fort.—¡Marra! ¡Marra! ¡Voto á cien trombas de aire!

Bla.—¿Quién es?—(*Aparte.*)—(¡Ah! es el señor marinero.)

FORT.—Dime, buena moza, ¿está tu amo al habla?

BLA.—No entiendo lo que vd. me quiere decir.

FORT.—Que si se le puede abordar: ¡rayo y fuego!

BLA.—Si vd. me pregunta por él, no está en casa.

FORT —Pues ¿á dónde ha dirijido la proa?

BLA.—¿Qué se yo?

FORT.—¿Tardará en echar anclas por aquí?

BLA.—Debe venir á almorzar, segun creo.

FORT.—¡Setenta rocas me estrellen! En fin, aquí me quedaré á la capa esperándole.

BLA.—Como vd. guste.

FORT.—Y dime, perla de las Californias, tú que eres de la fragata, ¿no has visto que mi mujer se ponga á distancia de garfio con alguno?

BLA.—Nada he visto.

FOR.—¿Ni sabes que haya abierto la arboladura de su corazon al soplo de palabras enamoradas?

BLA.—¿Qué voy á entender de eso?—(*Aparece Astrea.*)

FOR.—Tienes razon: soy un lobo marino con hacerte esas preguntas. ¡Largo el trapo!

(*Se va Blasa, pero ántes ha aparecido por el lado opuesto Dª Astrea, que la ha visto hablando con D. Fortunato.*

BLA.—)*Al irse, aparte*) (¡Qué modos tiene este señor barquero!)

ESCENA VIII.

D. Fortunato, Dª Astrea.

AST.—(*Aparte.*) (Cayeron en la emboscada los tiradores del enemigo.)

FORT.—(*Aparte.*) (¡Voto al palo mayor! Y no sé como tomar rumbo....

AST.—(*Aparte.*) (Se ha dispersado uno.)

FORT.—(*Aparte.*) (Mis sospechas se han fijado ya: de no ser el grumete de Ricardo el que echa el anzuelo á mi

mujer, no puede ser otro, porque ella raras veces anda al algarete.... ¡Vamos! yo me consideraba despreocupado y filósofo, pero estoy viendo que soy un hombre al agua como otro cualquiera...... se diria que estoy celoso como un caiman...... ¡Ah! si llego á dar con el malvado que encalla mi barca, soy capaz de colgarlo de la punta de un mástil.)

Ast.—¡Calen bayoneta! ¡paso de carga! ¿A quién quiere vd. colgar de la punta de un mástil?

Fort.—A quien se me antoje, ¡rayos del cielo!

Ast.—¡Ah! ¡á quien se le antoje! Eso no es contestar á mi pregunta; pero sí me dirá, ¿qué negocios tiene con la criadilla Blasa? ¡Voto á mil bombas de aplaca! Vd. va á explicarme qué significa eso de andarse mano á mano con sus subalternos.

Fort.—¡Ah! ¿Nos viste balanceándonos á tiro de remo? tanto mejor. Es que ando observando el cataviento para ver por donde llega la ventolina

Ast.—¡Qué ventolina ni qué cartucheras! Quitémonos de términos y hablemos con formalidad.

Fort.—Precisamente es lo que deseo, que saltemos á la playa y veamos de una vez quién anda en lastre.

Ast.—Bueno, una vez que nos hemos puesto en campo raso, te diré que eres un traidor á tu bandera.

Fort.—Y yo te diré que estás echando á pique nuestro matrimonio.

Ast.—Tú me has hecho poner de atalaya, desde que te he visto ejercitando la carga de once voces con la Blasita.

Fort.—Yo lo que hacia era pedirle el rumbo, porque tú me pones tales escollos, que vas á hacer que se estrelle mi débil esquife.

Ast.—¿A qué consignas he faltado de las que tú me das? Bien ves que estoy siempre en mi puesto como un granadero, y que jamas he merecido el mas pequeño arresto. Lo que dices, ¡vive Cristo! no tiene ni pizca de fundamento.

Fort.—Ello es que quieres bogar á dos timones, y eso es imposible: me han asegurado que tienes ó buscas un contramaestre.

Ast.—Mentira. Yo desafio á quien me pruebe la menor falta en el servicio, y lo que vas á hacer con eso es, que me pronuncie.

Fort.—¡Voto á setenta mil piratas! ¿Qué mas pronunciarse que andar á la marimorena?

Ast.—(*Muy irritada.*)—¡Batallones y escuadrones......! Si yo llego á estallar, Fortunato, arde la casa. Apénas tenemos seis meses de casados, y ya el desórden y la desmoralizacion han cundido en nuestras filas.

Fort.—Es lo que digo yo: apénas tenemos seis meses de navegacion, y ya queremos zozobrar, por tu causa.

Ast.—¿Cómo por mi causa, vampiro?

Fort.—Sí, porque dizque quieres echarte en manos de un práctico que maneje la rosa de los vientos.

Ast.—¡Ah! ¿conque tienes celos de mí? Estás creyendo, pues, que el amor que te tengo ha desertado de mi corazon.

Fort.—Ni mas ni ménos, sí señora....yo sé bien que has arriado todas las velas....hasta los periquillos.

Ast.—Pero ¿qué fundamento tienes para decir eso, tirano? ¿No ves entónces que desde el toque de diana hasta el de retreta estoy cumpliendo con mis deberes?

Fort.—Pues será al toque de silencio cuando te me zambulles, lo cierto es que ahora ando queriendo doblar el cabo, y si no me estrello contra el arrecife, ya verás si te echo ó no á fondo con todo y bauprés. Tú vas á ser causa de una calamidad.

Ast.—¿De suerte que tú lo que pretendes es que se rompan los fuegos? Pues cuídate mucho de mi campo, por que si despues de explorar resultan fundadas mis sospechas, voy á darte una carga cerrada y á paso veloz, lo mismo que á la vivandera descocada que haya venido á causar la confusion y la derrota en nuestro casamiento.

Fort.—Mira, me estás enfadando ya como una calma chicha.

Ast.—Y tú me cargas á mí como una banda en escoleta.

Fort—¡Cien rayos te partan! Ganas me dan de capturarte y hacerte trizas los topes.

Ast.—Y á mí de darte una carrera de baqueta.

Fort.—A ver si se calla la tintorera.

Ast.—(*Llorando.*)—¡Ay! mi difunto coronel era muy distinto.

Fort.—Estaba yo mas contento con mi goleta Penélope.

Ast.—¡Qué capaz que mi difunto coronel.....!

Fort.—¡Chiton! Levo anclas y busco otro puerto. Estas aguas son pestilentes.

Ast.—¿Rompes filas, fementido? Ya nos daremos el ¿quién vive?

Fort.—Hasta otro viaje.—(*Vase.*)

ESCENA IX.

Doña Astrea.

¡Es buen primor lo que me pasa...! Si me parece que estoy soñando.... Mi mismo marido, ese hombre perjuro es el que me degrada.... Y ¡vamos! yo que le hacia completamente recluta en esto de amores, y tiene mas dobleces que la Ordenanza. Lo que no puede caberme en el juicio es, que me posponga á mí, toda la viuda de un coronel, por la vivandera de Blasa...... ¡amorcillos de cantina......! ¡Cuánto le agradezco al desconocido camarada el aviso que me dió en esta carta! De esa manera estaré alerta, aunque tenga que doblar las guardias.... En fin, ya veremos mas adelante si es esto una simple escaramuza ó una batalla formal.—(*Llega Ricardo.*)

ESCENA X.

Astrea, Ricardo.

Ric.—En ninguna parte me siento bien......¡Ah señora! Felizmente me encuentro con una persona que puede darme alguna luz sobre lo que me pasa. ¡Estoy desesperado! crealo vd. que quisiera en este momento pegarme un tiro. He descubierto una trama abominable.

Ast.—¿Le han contado acaso la defeccion de mi marido?

Ric.—No, señora. Lo que me han contado, lo que sé de una manera muy oscura, muy vaga, es que mi mujer me vende.

Ast.—¡Ah! ¿Tambien en su campamento se está faltando á la disciplina?

Ric.—Figure vd. cual será mi dolor al saber que Laura me es infiel, despues que la amo mas que á mi misma vida, despues que he sido tan tierno y solícito con ella.... despues que he consagrado mis esfuerzos á hacerla feliz... despues de un año de ser buenos casados.

Ast.—Siquiera vdes. duraron un año en asamblea; pero nosotros que á los seis meses hemos abierto la campaña.

Ric.—¿Tambien vdes. son desgraciados?

Ast.—¡Ay! sí, amigo mio: Fortunato ha faltado á las leyes del honor y del pundonor militar enamorándose...

Ric.—¿De quién?

Ast.—¡De una galleta!

Ric.—Apénas es creible. Voy á hacerle una súplica, señora: vd. que vive en esta casa, que observa á Laura todos los dias y habla con ella, puede haber sospechado algo, porque las mujeres son muy perspicaces; si es así, dígamelo vd. por favor.... lo único que deseo es conocer al infame que me arrebata su cariño....

Ast.—Vd. se encuentra como yo: no tiene un parte oficial de su derrota. Precisamente iba tambien á preguntarle si le habia contado algo Fortunato.

Ric.—No, señora: no me ha dicho nada..... vd. podria prestarme un eminente servicio.... indicarme al ménos el camino.... vd. puede haber visto á Laura hablando con alguno.... Una luz, señora, una luz cualquiera.

Ast.—Pues oígame vd., lo único que he visto es á su mujer en la calle marchando á paso regular con....

Ric.—¿Con quién?

Ast.—Con D. Aristeo.

Ric.—¡Con el tutor....! ¿Cuándo?

Ast.—A la hora de lista: hace diez minutos.

Ric.—¿De suerte que en este momento no está en casa?

Ast.—Así lo entiendo.

Ric.—(*Gritando.*)—Blasa, Blasa.

ESCENA XI.

Dichos, Blasa.

Ric.—¿Dónde está Laura?

Bla.—Salió.

Ric.—¿Con quién?

Bal.—Con el Sr. D. Aristeo.

Ric.—¿Hace mucho?

Bla.—A poco de haber vd. salido.

Ric.—Está bien: márchate. (*Vase Blasa.*)

ESCENA XII.

Ricardo, Astrea.

Ast.—¿No lo habia yo dicho?

Ric.—Pues bien, Señora, los dos nos encontramos en el mismo predicamento, los dos tenemos sospechas mas ó ménos vehementes, pero que no nos dan la realidad. Ni yo

puedo creer que Laura ame á D. Aristeo, ni vd. tampoco está persuadida de que D. Fortunato esté enamorado de Blasa......

AST.—Es cierto, y acaso no pasarán de los primeros disparos......

RIC.—Tan interesados estamos el uno como el otro en averiguar la verdad, y yo propongo un medio.

AST.—Veamos el plan de campaña.

RIC.—Ni Laura puede desconfiar de vd. ni D. Fortunato de mí, y en tal caso no solo procuraremos vigilarlos, sino si es posible arrancarles el secreto, inspirándoles confianza, ¿me comprende vd?

AST.—Lo que vd. quiere es que hagamos una refundicion, esto es, que seamos aliados.

RIC.—De este modo los dos nos servimos mútuamente.

AST.—Si: nos incorporamos bajo la misma bandera.

RIC.—Lo que yo busco, señora es una amiga que me salve.

(*Se dejan ver D. Fortunato por una de las puertas del costado y Laura y D. Aristeo por la del fondo.*)

ESCENA XIII.

Dichos, Don Fortunato, Laura y D. Aristeo.

FORT.—(*Aparte.*)—(¡Rayo y trueno! Ahora sí, armado en corzo, voy á darles caza como á un bergantin de piratas.)

LAU.—(*Aparte á D. Aristeo.*)—(Mírelo vd. con la mujer de D. Fortunato....)

ARIST.—(*Aparte á Laura.*)—(Prudencia, hija, prudencia.)

LAU.—(*Aparte.*)—(¿Será posible? Con razon no le encontrábamos.)

RIC.—¿Le parece á vd?

AST.—Está bien. Seremos enteramente el uno para el

otro. Formaremos una doble trinchera y haremos frente á nuestros enemigos.

Ric.—Gracias, señora. Es vd. tan generosa como complaciente.

Ast.—Estoy hecha á la guerra y me dispongo á quemar por vd. hasta mi último cartucho.

Lau.—[*Aparte D. Aristeo.*]—(Oiga vd. á la coronela ridícula.)

Arist.—[*Aparte á Laura.*]—(Todavía no podemos formarnos juicio.)

Ric.—Vd. no quedará descontenta de mí. Yo me sacrificaré por tan excelente amiga.

Fort.—(*Aparte.*)—(¡El títere....! ¡Yo me lanzo al abordaje!)

Ast.—Descuide vd., yo le aseguro que nuestra metralla va á poner en completa fuga y dispersion á su mujer y á mi marido.

Fort.—(*Saliendo.*)—¡Truenos y bombas!

Lau.—(*Id.*)—¡Esto no se aguanta......!

Ric.—¡Laura!

Ast.—¡Fortunato!

(*Se quedan mirándose unos á otros sin hablar.*)

ESCENA ULTIMA.

Dichos, Blasa.

Bla.—El almuerzo está listo

Ric.—¡El almuerzo....! Avísalo á la señora.

Lau.—No, sino á Ricardo que tiene convidados.

Fort.—(*Aparte.*)—(¡Buenos estamos para almuerzos!)

Lau.—Vamos, Ricardo, lleva á los señores á la mesa.

Ric.—Sí, solo aguardaba que vinieras de tu paseo. Vamos, señores...... háganme vdes el honor......

Lau.—(*Aparte.*)—(¡Infame!)

ARIST.—El brazo, Laurita: ya sabes que los duelos con pan son ménos.... [*Aparte.*] (Disimula, hija.)

AST.—Se ha dado el toque de rancho y nadie se mueve.

RIC.—Vamos, señora. (*La da el brazo.*) Vamos, D. Fortunato.

FORT.—¡Hum.......! Vamos....... [*Aparte.*] (Y bien pensado observaré en el entrepuente de la balandra la marcha de estos nubarrones.)

LAU.—(*Aparte.*) (¡Qué descaro! ¡Le dá el brazo á la soldadona! ¡Ya me la pagarán!)

AST.—Paso redoblado: marchen.

FORT.—¡Sopla, San Antonio....! (*Vánse.*)

BLA.—¡Jesus mil veces! ¡qué caras hacen todos! Voy á ver en qué paran estas misas. [*Se va detras de los demas.*]

Cae el telon.

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

Acto Tercero.

La misma decoracion.

ESCENA I.

Aparece Don Fortunato con la servilleta todavia, indicando que se acaba de levantar de la mesa y lo mismo saldrán los demas.

No puedo soportar aquel oleaje de todos los demonios... ¡Es mucho mar ese! Ricardo y mi mujer se sentaron en frente el uno del otro, y no necesitaron de vocina para entenderse.... Valia mas tener setecientas borrascas á bordo, que un dia de estos en tierra.... Yo he desafiado las tempestades y he visto con serenidad que se me hacian pedazos los trinquetes y la obra muerta.... he visto tambien á mi barco hacer tanta agua, que eran otro mar sus bodegas..... pero jamas tendré paciencia para que mi mujer me...... yo no podré navegar en esta vida con semejante adorno...... Ello es que no poseo todavia mas que dos datos: uno, el haberlos oído hablar yo mismo........

otro.... esta carta. Veamos aun lo que dice:—(*Leyendo*) "Aquí se engaña á uno...... ¡Ojo á barlovento!"—(*Se deja ver Dª Astrea.*)—¡Rayo y trueno! ¡Esto habla mas claro que la brújula....! Necesito aire, porque me ahogo... ¡Un vendabal por lo ménos! y voy á ver en dónde sopla. —(*Vase.*)

ESCENA II.

Doña Astrea.

¿Sí? ¡Leyendo cartitas á solas! Bien hice en venir á espiarle...... Y luego que algo le oí de una Dª Brújula...... Si yo pudiera castigarle, le impondria la pena de desertor en campaña y al frente del enemigo.... Pero esa cartita ha de caer en mi poder, ó valen poco la táctica y la estrategia...... Este pedazo de portafusil pensará que me he de hacer de la vista gorda, pero no conoce mi valor y mi arrojo. Ello es que hasta ahora ignoro quién es mi rival, porque esta carta no me lo dice...... Simplemente dan la voz de alarma, y si no, vuelvo á leerla:—(*Lee.*)—"Su marido se ocupa en sitiar otra plaza. ¡Alerta!,,—No puede ser mas terminante el aviso.... Por ahora, daré á Fortunato un alcance al arma blanca.—(*Vase.*)

ESCENA III.

Ricardo, con precaucion.

Dª Astrea me hizo un saludo militar al levantarse de la mesa, y agregó estas importantes palabras, que en su gerga quieren decir mucho:—"Tengo abierta ya una brecha en la fortificacion enemiga."—Ademas, le he visto un pa-

pel en la mano.... Seguro que ha descubierto algo...... Lo que es yo, no he podido observar mas que rendimiento por parte de D. Aristeo y desprecio muy marcado por parte de Laura..... Ello es que hay mujeres muy vivas para engañar á los hombres...... para eso solo, es cierto...... pero ¿para qué es mas? Solo Dª Astrea podrá iluminarme: lo mejor que he podido hacer es formar alianza con esa pantera..... Voy á buscarla.—(*Se va.*)

ESCENA IV.

Laura.

(*Poco á poco y como buscando á alguno.*) No están por aquí: ¡Bien! ¡Admirablemente! Estas gentes ya no se detienen ante nada, ni ante nadie. Han tenido la desfachatez de estarse haciendo en la mesa señas de inteligencia... Al último, se ha levantado Dª Astrea y detrás de ella Ricardo...... y.... se han venido...... ¿Pero ese pelmaso de D. Fortunato, tiene cataratas en los ojos que así deja que lo burlen en sus mismas barbas....? Ricardo y su mujer se enamoran casi delante de nosotros y.... ¡no hace valer su autoridad....! ¡Ah! pero yo no lo sufriré mas, y si vuelvo á ver que se dirigen media palabra, va á arder Troya...... Por ahora les sigo el bulto...... me meteré, no importa, en la casa de Dª Astrea, y si doy con ellos...... (*Aparece D. Aristeo.*) Estoy que me quemo......

ESCENA V.

D. Aristeo.

Por allí va la Laurita; es necesario seguirla y aprovechar el tiempo de decirla media palabra.... Bien se ha puesto el horizonte, perfectamente bien, y nunca mejor que ahora podré hacer mi cosecha.... paco falta para que se resuelva á irse conmigo...... Ella no puede tolerar que se aje su dignidad de esposa, como dice, y por orgullo es capaz de dejar al marido con la luna en prendas. Hagamos la última tentativa. (*Se va.*)

ESCENA VI.

Blasa.

¿Qué significa esto? Todo el mundo se ha levantado de la mesa apénas al tercer plalillo...... Se ha formado una tinga de todos los diablos entre estas gentes. De veras que me están dando ya remordimientos y deseos de descubrirlo todo. Creo que era mejor la monotonía en que estábamos: siquiera se comia á sus horas y se hacia buena cara; pero hoy ponen tal gesto y dicen tales palabrotas, que espeluznan los nervios...... Entretanto, el orangutan de D. Aristeo, que me estaba queriendo hacer creer que me llevaba consigo, anda que se las pela detras de la pupila enamorado bestialmente...... No, pues como le pezque algo, le he de enseñar que aquí se juega limpio, ó se pierde.... Yo le daré su merecido. Le seguiré la pista.

ESCENA VII.

D. Fortunato por otra puerta.

¡Uf! Por mas que echo la sonda, en ninguna parte es puerto seguro para mí. Este mar es mas agitado que el Mediterráneo y el Atlántico juntos. Todos me dan cara como si fuera un buque mercante armado en corso, un filibustero Estoy ya por largar trapo y hacer proa para en casa de todos los diablos. Yo no soy el culpable, y sin embargo, parece que á mí me han designado como víctima, y lo peor es que no puedo hacer frente á mi mujer con sus rayos y juramentos: no se puede negar que es un navío de alto bordo.

ESCENA VIII.

D. Fortunato, Blasa que se vuelve.

Bla.—(*Aparte.*) Me escapé de que me vieran...... todos andan siguiéndose y buscándose como quien caza liebres...... ¡Ah! D. Fortunato!

Fort.—Ven, ven, Blasa, ¡tira el cable!

Bla.—¿Qué me quiere vd?

Fort.—Tú me vas á sacar de dudas al fin.

Bla.—¿En qué puedo servir á vd?

Fort.—Dime, con toda la franqueza de un marino, lo que sepas de las intriguillas amorosas de mi mujer.

Bla.—Pues no sé de la misa la media.

Fort.—No te andes con virazones ni bordeos: es claro

que tú debes saberlo todo...... Seguro que tú ayudas la maniobra.

Bla.—¡Qué maniobra ni que cuerno!

Fort.—¿Cuerno....? ¿Qué me has querido decir con eso, Blasa? Tírate á nado y sé franca de una vez. Oiré con resignacion, aunque esté mas coronado que la "Emperatriz Eugenia" con sus tres puentes.

Bla.—Le aseguro, señor, que no sé mas que vd. sobre lo que me pregunta.—(*Se deja ver Astrea.*)

Fort.—Mira, Blasita, si tú me dices la verdad, yo te prometo aparejar para tí cuatro escarabelas cuando ménos.

Bla.—¿Pero qué quiere vd. que yo sepa?

Fort.—Ya me entiendes: tú eres viva y me ayudarás á izar la redonda y la vela mesana. Estoy seguro que en dos ó tres arribadas me pones en buena altura...... ¿Quieres ser mi áncora, Blasita?

Bla.—[*Aparte.*]—(¡Pues está mas rematado que nunca!)

Ast.—[*Aparte.*]—(¡Voto á mil trompetas! No oigo bien, pero entiendo que la está enamorando.)

Bla.—Está bien, Sr. D. Fortunato, yo haré cuanto vd. me dice.—(*Aparte.*)—[Nada se pierde con decir sí á todo.]

Fort.—¡Ah! ¿quiéres que te sirva de piloto......? Está bien, está bien. Y quedaré tan agradecido que te regalaré toda la jarcia para tu arboladura si navegas con viento en popa. Mi mujer es un tiburon que si lo supiera no te dejaria bueno ni la quilla; pero la fizgaremos de manera que no mueva las aletas.

Ast.—(*Aparte.*)—(¿Qué dice ese hipopótamo? Parece que me ha disparado un tiro...... ganas me dan de cargar sobre ellos á la bayoneta.)

Bla.—Está bien, cuente vd. conmigo.

Fort.—La mano, en señal de que en lo sucesivo yo seré el capitan y tú el almirante de la tripulacion.

Bla.—Aquí está.

Fort.—Bien, perla de las perlas. Tú vas á ser mi salva vidas hasta que echemos á pique á mi mujer.—(*Dª Astrea se precipita en la escena.*)

ESCENA IX.

Doña Astrea, Don Fortunato.

Ast.—¡Ah bandido! He pillado tu plan de operaciones.... ¡Eres un miserable!

Bla.—¡Jesus!—(*Aparte.*) (Yo me escapo.)

Ast.—(*Indecisa entre seguir á Blasa ó quedarse.*)—Oye acá, marmota condenada...... ¿Huyes, cobarde? pero yo te asediaré otra vez de modo que no puedas romper el sitio. Ya te enseñaré á hacer armas contra mí, ¡traidora!

Fort.—¿Nos oíste, eh?

Ast.—Sí, y ya no me cabe duda de que eres un pérfido, un vil, un mastodonte, un conspirador, un revoltoso... en una palabra, ¡un pronunciado......!

Fort.—Pues mira, yo creo de tí lo mismo, ¡voto á setenta trinquetes y bergantines!

Ast.—Hoy mismo pido mi baja, mi separacion del servicio, mi licencia absoluta, mi carta de divorcio...... como quieras llamarle.

Fort.—¡Rayo y trueno......! Yo haré lo mismo.

Ast.—Pero no haré mi retirada así como quiera: ántes hemos de tener un encuentro en que hemos de medir nuestras armas, y te haré morder el polvo......—(*Sube la voz.*)—y aturdiremos las montañas, y nos oirán los sordos...... y......

Fort.—Mira, es necesario que no subas tanta la marea.... metes mas ruido que una manga de agua.

Ast.—Pues yo no me callaré, porque tengo la justicia de mi parte, y me defenderé hasta derramar la última gota de mi sangre.

Fort.—¡Te callarás, tintorera de los infiernos....!

Ast.—No, no me cansaré de repetir que eres un impostor, un caribe, un bandolero......

Fort.—Pues yo viro y tomo alturas.—(*Vase.*)

ESCENA X.

Doña Astrea, Ricardo.

AST.—He puesto á dos enemigos fuera de combate..... huyeron vergonzosamente....

RIC.—¡Ah señora! La buscaba á vd. con ansia.

AST.—Estaba en campaña, y......

RIC.—Comprendí que tenia vd. algo importante que decirme.

AST.—Me estoy quemando como un cañon que ha hecho fuego en toda una jornada.

RIC.—¿Por qué, mi querida Dª Astrea?

AST.—Porque he descubierto todas las curbas y paralelas de las infidelidades de Fortunato.

RIC.—¿Es decir que sus sospechas no eran infundadas?

AST.—No, el pérfido me ha estado engañando, me ha traicionado de una manera horrible, se ha rebelado contra la paz doméstica.

RIC.—En fin, vd. ya sabe siquiera á qué atenerse, pero yo que no he podido adquirir ningun dato cierto... Crealo vd., amiga mia, la duda me está matando.

AST.—Es decir, que no ha podido vd. interceptar ningun documento, ni......

RIC.—Nada, nada; pero vd. sí tiene algo que decirme seguramente.... comprendí su intencion al separarse de la mesa...... Por Dios, señora, si vd. sabe algo, dígamelo sin tardanza, estoy armado de valor para soportar mi desgracia por enorme que sea...... al ménos podré vengarme.

AST.—Pues le diré á vd., con la lealtad que acostumbro en los lances de honor, que lo que es de una manera evidente, na sé tampoco nada, pero sí continúo sospechando que quien tirotea á su mujer....

RIC..—Es D. Aristeo....

AST.—Sí, D. Aristeo. En el rato que estuve en la mesa,

observé el fuego graneado de miradas que la dirigió. Y como en otro tiempo pretendió alistarla....

Ric.—¡Ah! ¡es verdad! quiso casarse con ella..... ¡viejo hipócrita.......!

Ast.—¡Quien sabe desde cuándo la estará metiendo puntería!

Ric.—Pero ella, ¡Dios mio......!

Ast.—A las mujeres nos gusta tener distintos gefes.... yo enviudé, y......

Ric.—¿En dónde estará Laura?

Ast.—Me pareció verla que marchaba de dos en fondo por el jardin con D. Aristeo.

Ric.—¡En el jardin.......! Y yo que me volvia loco buscándolos por todas partes.

Ast.—Pues expedicione vd. por allá.

Ric.—Corro á matar á ese miserable.

Ast.—¡Alto! Voy á darle á vd. un consejo.

Ric.—¿Cuál?

Ast.—Si ataca con precipitacion, no podrá flanquear á su adversario.

Ric.—¿Qué me quiere vd. decir?

Ast.—Que como no tiene pruebas, no puede todava romper las hostilidades.

Ric.—Comprendo...... tiene vd. razon...... Pero si los encuentro.......

Ast.—¡Ya! Si vd. les da un albazo......

Ric.—Pues corro á sorprenderlos....—(*Vase corriendo.*)

ECSENA XI.

Doña Astrea.

¡Pobre jóven! se conoce que quiere mucho á su mujer, miéntras que ella le paga tan mal..... Así sucede siempre en este mundo: el que mejor se sacrifica por una causa, es el que peor pago recibe. ¡Cuántos hay que derraman su sangre por seguir una bandera, por defender un prin-

cipio, y luego que ya no hacen falta se les da con la punta del pié.... Mi difunto coronel fué de los que mas pelearon por la libertad, y murió de hambre.... Los gobiernos se parecen á los matrimonios, en que siempre á los mas fieles hacen sufrir la pirata...... ¿Quién viene por este flanco? ¡Ah! Es D. Aristeo con la pupila, que por medio de un movimiento estratégico lograron coger la retaguardia del marido; pero yo soy su aliada y voy á colocarme de observacion en aquel cuarto.—(*Entra por una de las puertas del costado.*)

ESCENA XII.

Don Aristeo, Laura.

Lau.—Tampoco aquí se encuentra: esto es de desesperarse.

Arist.—Ten prudencia, hija mia, ten prudencia: todo lo arreglaremos pacíficamente.

Lau.—Pero yo no puedo quedarme así: necesito una reparacion, necesito vengarme.

Arist.—¿Y qué mas venganza quieres que abandonar para siempre el tálamo conyugal?

Lau.—Pero mi corazon tiene sed de desahogarse, y mis labios de decir todo lo que sufre mi corazon.

Arist.—¡Vamos! ¡Vamos! Esas son niñerias.... Si admites que yo sea tu salvador, es decir, si persistes en dejar esta casa, no tienes mas que tomar tu capa y darme el abrazo.... despues sobrará tiempo para hacer reconvenciones.

Lau.—Es que yo no volveré á hablar nunca á Ricardo...... ¿para qué?

Arist.—En ese caso, vámonos de una vez.

Lau.—Pero yo no saldré de aquí sin verlo ántes.

Arist.—Como gustes, aunque yo desearia que te evitaras esa amargura. Una entrevista con él no podrá ménos que serte desagradable.

LAU.—Así lo comprendo; pero quiero saber de qué manera se justifica el fementido cuando yo le diga que es un desleal, un infame, un ingrato....

ARIST.—No tendrá nada que contestar á tan justos reproches.

LAU.—Ya verá vd.; voy á hacerle añicos en la carael-ramillete conque me obsequió hoy, diciendo, como un es carnio, que era por el aniversario de nuestra boda; y será la señal de nuestro rompimiento.

ARIST.—Bien: eso será magnífico....

LAU.—Luega le seguiré buscando, y si al fin queda plenamente convencido de su negra maldad, seré capaz de faltar á mi dignidad de señora, insultándole y.....hasta pegándole.

ARIST.—¿Cómo? ¿que estás diciendo?

LAU.—Sí, porque á una mujer de mi clase no se ultraja asi, como quiera.... y francamente, D. Aristeo, el despecho, la rabia, qué sé yo, me destrozan el corzaon.

ARIST.—Todo está muy bueno, pero yo opinaria mejor porque nos fuéramos sin hacer nada de eso, que siempre es ridículo entre personas decentes, y que no sirve mas que de pábulo á la murmuracion de los maldicientes.

LAU.—Sí, yo bien lo conozco, pero estoy resuelta á llevar á cabo mi pensamiento. En seguida nos iremos, D. Aristeo, aceptaré la proteccion que vd. me ofrece, abandonando para siempre esta casa en que llegué á considerarme feliz.

ARIST.—Sí, Laurita mia, ya sabes que mis brazos están abiertos para recibirte, y que mi fortuna y lo poco que valgo se encuentran á tu disposicion.

LAU.—Gracias, señor, graeias, no sabe vd. con qué profunda gratitud me acojo á su generosa hospitalidad. Voy pues á traer ese ramillete malhadado, y en seguida nos veremos para acabar de concertar nuestro proyecto.

ARIST.—¿Te aguardo en este sitio?

LAU.—Sí, amigo mio, aquí volveré para comunicar á vd. mi última resolucion.—(*Vase.*)

ESCENA XIII.

Don Aristeo.

¡Ah! ¡Bendita la idea que tuve al discurrir el reparto de esas cartas anónimas! Todo me sale á pedir de boca. La pasion de los celos domina en esta casa, que es capaz de hacer cometer las mayores locuras á los que estan dominados por ella. Estamos sobre el cráter de un volcan.... va á hacer su explosion.... ¡Já! ¡já! ¡já! Yo ganaré en todo caso, porque me llevo la mejor prenda....—(*A Blasa que llega.*)—¡Ah! ¡mi querida Blasa, estoy contentísimo...!

ESCENA XIV.

D. Aristeo, Blasa.

Bla—¿Qué tiene vd. tan alegre? (*Aparte.*) (Hasta que te atrapé.)

Arist.—¿Qué he de tener? Satisfecho, porque mis proyectos tocan á su término.

Bla.—¿Espera vd. conseguir algo?

Arist.—Por supuesto.

Bla.—¿Y se puede saber?

Arist.—A tí que eres mi cómplice no debo ocultártelo, porque te has de venir con nosotros.

Bla.—¿Cómo es eso?

Arist.—Sí: Laura, por seguirme, abandonará hoy mismo á su marido.

Bla—¿Es posible?
Arist.—Ni mas ni ménos.
Bla.—Es decir que la señora abandona á D. Ricardo que es un jóven bien parecido, por vd. que......
Arist.—¿Que soy feo y viejo?
Bla.—Vd lo dijo.
Arist.—Pues ya verás.
Bla.—¡Lo que es el mundo! (*Aparte.*) (A ninguna otra mujer se le hubiera ocurrido hacer una escapatoria en compañía de semejante mastuerzo.)
Arist.—¿Qué hablas de mastuerzo?
Bla.—Decia que me parecia increíble que la señora se fuera con un hombre así......
Arist.—Calla, tonta. Yo apénas cuento unos cuarenta años y pico.
Bla.—Solo que el pico es mas que los cuarenta.
Arist.—Y suponiendo que así fuera, el amor iguala todas las edades y condiciones.
Bla.—Pero vd. ya chochea.
Arist.—Pues te diré, para entre los dos, que todavía me siento con fuerzas para ser padre de una docena de chiquillos.
Bla.—De pasar por padre de una prole á serlo, corre alguna diferencia.
Arist.—¡Envidiosa! Bien quisieras estar en lugar de Laura....
Bla.—¡Ay Jesus! mejor morirme que caer en semejantes tentaciones.... Pero hablando con formalidad, me parece una infamia que se lleve vd. á su ex-pupila.
Arist.—¡Qué quieres! Este paso es el resultado de cinco años de una pasion volcánica, y ya que ella me ama....
Bla.—¡Qué le ha de amar! Si todo eso es por esa maldita intriga, que ya me pesa.
Arist.—¡Chist!
Bla.—Nada ménos que por causa de vd. he estado á punto de ser estrangulada por Dª Astrea.
Arist. —¿Por qué?
Blá.—Porque me encontró hablando con el sandio de su marido.

ARIST.—¿De veras? ¡Já! ¡já! ¡já!

BLA.—Y francamente, me están dando fuertes tentaciones de desembucharme para hacer cargar á vd. con toda la responsabilidad.

ARIST.—¿Qué dices, desgraciada?

BLA.—Ya vd. lo oye.

ARIST.—No, no; tú no me abandonarás, tú no arriesgarás por una imprudencia tu bienestar y el mio que dependen de este negocio.

BLA.—En fin, ya veremos. (*Aparte.*) (¡Ah! perro viejo, siquiera te martirizaré por la tracion que me haces.)

ARIST.—¿Te vas?

BLA.—Sí, tengo que hacer: ya nos veremos. [*Aparte.*] (¿Por qué ya no me sigues pidiendo abrazos, mi seductor Adónis?) [*Vase Blasa y él se queda meditabundo.*]

ESCENA XV.

Don Aristeo.

Ha dicho que quiere hacerme cargar á mí solo con la responsabilidad...... ¿Estoy soñando, ó realmente me ha hecho esa amenaza......? Sí, ella lo dijo...... ¡Ah! si hiciera semejante revelacion, seria perdido. Corro á darle las otras cinco onzas ofrecidas. (*Vase.*)

ESCENA XVI.

Astrea, saliendo del escondite.

¡Tá! ¡tá! ¡tá! ¡Se trama una fuga....! Conque D. Ricardito y yo somos las víctimas.... Conque la Laurita quiere abandonar el cuartel y pasarse á las filas enemigas.... No creia yo que pudiera llegar á tanto la insu-

bordinacion doméstica...... Es necesario tocar generala. (*Hace con las manos señal de clarin é imita un toque de corneta. Llega Ricardo.*) Venga vd., camarada D. Ricardo, venga vd.

ESCENA XVII.

Astrea, Ricardo.

Ric.—¿Qué sucede? Por acá no he podido encontrarla.

Ast.—Ya estuvieron aquí; y como me puse de emboscada en aquella habitacion, he tenido oportunidad de escucharlo todo.

Ric.—¿Y qué noticias me da vd., señora?

Ast.—Que á vd. y á mí nos abandonan, se nos desertan; sí señor, pronto van á tocar retirada nuestros consortes.

Ric.—¿Qué es lo que vd. me dice? Yo no puedo dar crédito......

Ast.—Pues es tan cierto, como que han existido en el mundo un Alejandro el Grande y un Napoleon Bonaparte.

Ric.—¡Pero vamos! explíquese vd., por la Vírgen.

Ast.—Nada, nada, D. Aristeo y la esposa de vd. conciertan una fuga, y lo mismo la Blasita, que está sobornando sin duda á mi marido...... ya sabe vd, quién, la criada de vd., esa mojigata de Barrabás.

Ric.—¿Es un sueño esto? Me parece increible que pasen hoy estas cosas, cuando ayer nos considerábamos todos tan felices.

Ast.—¡Qué quiere vd! en los ejércitos mas disciplinados cunde la desmoralizacion en la hora menos pensada.

Ric.—(*Aparte.*)—(¡Y esta mujer, que no puede hablar dos palabras seguidas sin mezclar su gerga soldadesca!)

Ast.—De suerte que es necesario prepararse á recibir

el golpe: es indispensable que nos parapetemos; ¡el fuego va á ser nutrido!!

RIC.—Pero lo que quisiera era convencerme por mis propios ojos, de la criminalidad de mi mujer. ¿Que quiere vd., señora? me resisto á creer que haya una persona en el mundo que abrigue sentimientos tan pérfidos, como era preciso suponer en Laura al abandonarme, despues del amor tan profundo que la he profesado. ¿Cómo lograré adquirir una prueba semejante?

AST.—De la manera mas fácil: tomando posiciones en la pieza inmediata. Tienen una cita en esta sala, y no tardan en incorporarse para concluir su plan de operaciones.

RIC.—¿Aquí mismo se reunirán?

AST.—Sí señor, y yo voy á situar á vd. de manera que les dé una sorpresa. Sígame vd.

RIC.—¿Ya es hora?

AST.—Ya: ¿no siente vd. pasos?

RIC.—Vamos.

AST.—¡Pero cuidado con dar la voz de alarma ántes de tiempo!

RIC.—Descuide vd.

[*Entran en la habitacion.*]

ESCENA XVIII.

Aparecen, Don Aristeo por un lado y Laura por el otro, llevando esta un bouquet en la mano.

ARIST.—(*Aparte.*)—(¡Ah! aquí viene ya la reina de mis pensamientos: ha sido puntual á la cita.)

LAU.—(*Aparte.*)—(¡Dios mio! no sé qué hacer ni qué

pensar en este dédalo de conjeturas. Por mas que examino la conducta de Ricardo, no encuentro una prueba completa de su criminalidad...... y sin embargo, las apariencias lo condenan: ese cambio tan repentino en su carácter, esas maneras bruscas...... y sobre todo, los cuchicheos con Dª Astrea.... ¿no me dice todo eso que el pérfido me engaña? Por otra parte, D. Aristeo me repugna invenciblemente para aceptar su apoyo; pero léjos como estoy de mi familia, no tengo ningun amparo, y debo acogerme al primero que me tienda la mano...... ¡Oh Dios! ¿Tendré fuerzas para abandonar á Ricardo, á quien amo mas que á mi vida?)

ARIST.—(*Saliendo al paso.*)—Laurita, ¡cuán hermosa estás así con tu indignacion!

LAU.—(*Sorprendida.*)—¡Ah! ¿aquí está vd., señor?

ARIST.—No me digas señor, trátame con ménos cumplimiento...... he sido tu tutor, soy tu amigo, tu hermano...... vamos á formar otra vez una misma familia...

LAU —(*Aparte, distraida.*)—¿En dónde estará Ricardo?

ARIST.—¿Y qué haces con ese ramillete?

LAU.—Buscaba á mi marido para devolvérselo.... para arrojarle los pedazos...... no quiero obsequios que tan bien me revelan su inicuo proceder.

ARIST.—No te atreverás á hacer lo que dices, porque yo creo que todavía le has de conservar un resto de cariño......

LAU.—¿Que no haré pedazos estas flores? mírelo vd. (*Destroza el ramillete.*)

RIC.—(*Dentro.*)—¡Esto es insoportable! Déjeme vd. salir, señora.

AST.—(*Dentro.*) No señor, no saldrá vd. todavía; será arriesgar el éxito del combate.

ARIST.—Tienes un valor á toda prueba, hermosa mia, y ya no dudo que te resuelvas á abandonar el tálamo conyugal.

LAU.—Sí, lo dejaré, pero será cuando encuentre el motivo que me justifique á los ojos del mundo.

ARIST.—¡Cómo! ¿esperas mas todavía?

LAU.—Necesito palpar la realidad. Es cierto que hasta ahora las apariencias le condenan, pero convenga vd. en que no son mas que las apariencias.

ARIST.—Pues yo en tu lugar, hija mia, habria dado el paso que te hece vacilar tanto.

LAU.—Ya verá vd., D. Aristeo, si me sobra ó no resolucion para dejar esta casa y al marido que yo juzgaba muy diferente de lo que es.

ARIST.—En fin, tú obrarás como te convenga: en todo caso, ya sabes que cuentas en mí con el mejor apoyo. Yo convengo en que una mujer casada no debe salir tan así, así, de su casa..... aunque despues sobraria tiempo para arreglar el divorcio, quedando de esa manera á cubierto con la sociedad.

LAU.—Pero ¿dónde se habrá metido Ricardo? Su conducta es incalificable.

AST.—(*Dentro.*) ¡Voto á la espada de Santa Catarina! Allí vienen mi marido y Blasa desplegando en batalla.

RIC.—[*Dentro.*] ¡Silencio, señora! si nos descubren no habremos adelantado nada.

ESCENA XIX.

Dichos, Don Fortunato, Blasa, Ricardo y Astrea dentro.

FORT.—(*Aparte á Blasa.*) Pero precisamente tú debes saber dónde se encuentra. ¡Ah pícara! si serás toldo, ó como si dijéramos tapadera de tu amo.

BLA.—(*Aparte á D. Fortunato.*) ¡Calle vd! aquí está la señorita Laura.

FORT.—(*Aparte á Blasa.*) Pues dime por dónde navegan su marido y mi mujer.

BLA.—(*Aparte á D. Fortunato.*) Yo no sé.

FORT.—(*Aparte á Blasa.*) Toma una onza porque me lo digas.

AST.—(*Dentro.*) Déjeme vd. caer sobre ellos á la sordina.

Ric.—(*Dentro.*) Paciencia, Dª Astrea, un momento mas.

Fort.—(*Aparte á Blasa.*) Es verdad, nos falta desembarcar en aquel cuarto.

Bla.—(*Aparte.*) (En buena danza me he metido.)

Fort.—(*Adelantándose hacia Laura.*) ¡Que almuerzo hemos tenido, Laurita, que almuerzo! Era preferible un granizal de rayos.

Lau.—¡Ha estado fatal! lo siento mucho, pero quien habia de creer que tan de repente iban á llover sobre nosotros tantas desgracias...... estoy abismada con lo que ha sucedido.

Fort.—Y no me daria vd. razon de D. Ricardo? Hace mucho que no se avista.

Lau.—Ignoro dónde está. Y vd., ¿no me daria razon de Dª Astrea? hace un siglo que no la veo.

Fort.—(*Aparte.*) (¡Hum!!) (*A Laura.*) No sé dónde se ha zambullido.

(*Blasa y D. Aristeo se separan á hablar por un lado: del otro hablan Laura y D. Fortunato.*)

Arist.—(*A Blasa.*) Es necesario apresurarnos, porque se están precipitando tanto las cosas, que me temo todo se descubra.

Bla.—(*A D. Aristeo.*) Lo que es yo, no garantizo nada.

Arist.—(*A Blasa.*) ¡Cuidado con chistar!

Bla.—(*A D. Aristeo.*) Resistiré hasta donde pueda.

Arist.—(*A Blasa.*) Tienes diez onzas mas por tu silencio de este dia solamente.

Bla.—(*A D. Aristeo.*) Vd. me tienta mucho, pero yo no me comprometo.

Arist.—(*A Blasa.*) ¡Desgraciada de tí si hablas!

Ala.—(*A D. Aristeo.*) ¡Hola! ¡Hola! ¡Cómo me revuelve vd. las promesas y las amenazas!

Arist.—(*Aparte.*) (Me hace temblar esta muchacha! Si ella habla, soy perdido.)

Lau.—(*A D. Fortunato.*) Tiene vd. razon, tambien á mí me inquieta que hayan desaparecido, é inútilmunte les he buscado en toda la casa.

FORT.—(*A Laura.*) Pues de no encontrarse detras de esa escotilla, se han hecho á la vela dejándonos encallados.

LAU.—(*A D. Fortunato.*)—Vamos entrando para desengañarnos de una vez.

FORT.—[*A Laura.*]—Sí, sí, al abordaje.

[*Se dirigen al cuarto donde están Ricardo y Dª Astrea: á ese tiempo aparecen estos en la puerta: unos y otros se quedan sorprendidos instantáneamente, expresando en sus semblantes distintas emociones.*]

LAU.—¡Qué audacia, qué avilantez!

FORT.—¡Qué marejada, qué chubasco!

AST.—¡Qué refriega!

RIC.—¡Qué infamia!

LAU.—[*Cogiendo de la mano á Ricardo.*]—¡No se puede dar mayor cinismo, Ricardo!

RIC.—(*Sacudiendo el brazo.*)—¡Eres la mujer mas hipócrita!

AST.—(*A D. Fortunato.*)—¡Eres un recluta miserable!

FORT.—(*A Astrea*)—¡Eres una tonina feroz!

RIC.—(*Abalanzándose lleno de cólera sobre D. Aristeo.*) ¡Ah, viejo estúpido! yo te arrancaré las entrañas.

FORT.—[*Arrojándose sobre Ricardo.*] Yo hago un zafarrancho con el Ricardito.

AST.—[*Arrojándose sobre Fortunato.*] ¡Ah marido infiel, yo te daré tu racion de armada!

LAU.—[*Arrojándose sobre Dª Astrea.*] ¡Mujer detestable! no destruirás impunemente mi felicidad.

ARIST.—(*Corriendo para uno y otro lado.*) ¡Socorro! ¡socorro, que me matan!

BLA.—(*Corriendo.*) ¡Qué escándalo!

FORT.—¡A la popa! ¡al abordaje!

RIC.—(*Cogiendo del cuello á D. Aristeo.*) ¡Ah, tutor malvado!

AST.—[*Dando manazos á diestra y siniestra.*] ¡A ellos! ¡fuego! ¡á la bayoneta!

LAU.—[*Colgándose del vestido de Dª Astrea.*] ¡Silencio, mujer loca!

ARIST.—[*Suplicante.*] ¡Me rindo, favor!

(*Durante la confusion, toma Blasa á Ricardo de un brazo, lo saca fuera y habla con él apresuradamente.*)

Ast.—¡Victoria! ¡Victoria! [*Cogiendo á D. Fortunato.*]

Fort.—¡Arrear las velas! ¡bandera á media asta! ¡gracia!

Ast.—¿Capitulas? Entonces ataco al enemigo de mi retaguardia. [*Va á arrojarse sobre Laura, cuando Ricardo hace cesar el combate gritando:*]

Ric.—¡Alto, señores!

Todos.—¿Qué sucede?

Ric.—Aquí no hay mas que un culpable.

Arist.—(*Aparte.*) (¡Dios mio!)

Todos.—¿Quién? ¿Quién?

Ric.—(*Señalando á D. Aristeo.*) ¡Ese hombre!

Arist.—(*Tembloroso.*) ¿Yo?......

(*Todos le dirigen miradas furiosas*)

Ric.—Blasa, que ha sido su cómplice, acaba de revelármelo todo. Cada uno de nosotros ha recibido una carta en que se nos daba un falso aviso. Aquí está la mia.

Fort—(*Risueño.*)—¡Hombre! ¡qué casualidad! ¡como la mia!

Ast.—¡Y la mia!

Lau.—¡Y la mia!

(*Cada uno muestra la suya.*)

Ric.—Vean vdes.: todas tienen la misma letra y todas contienen el mismo aviso.

Todos.—[*Examinándolas.*] Sí, sí.

Ric.—[*Ricardo, con severidad á D. Aristeo.*] ¿Qué dice vd. de esto?

Arist.—Yo.... nada.... no entiendo una palabra.....

Ric.—¿Conque lo niega vd.?

Arist.—Yo.... sí...... es falso.

Ric.—En este momento voy á confundirlo. D. Fortunato, no deje vd. mover á ese hombre.

Ast.—No, no se moverá: si se menea, ¡fuego sobre él!

[*Vase Ricardo, y D. Fortunato y Dª Astrea se apoderan de D. Aristeo.*]

ESCENA XX.

Dichos, menos Ricardo.

LAU.—[*Aparte*] (¡Ah! yo bien decia: Ricardo no ha dejado de amarme.)

FORT.—[*A Astrea.*] ¿Y cómo es que tú te encontrabas en un mismo camarote con D. Ricardo? Eso, estrella mia, me da en que pensar.

AST.—Estábamos emboscados, pichon mio, para en caso ofrecido hacer una descarga sobre tí y Laurita. Habiamos reunido nuestras fuerzas para la ofensiva y defensiva, contra la infidelidad.

FORT.—¡Ah! ¡un bloqueo!

ARIST.—(*A Blasa.*) (Me has vendido, pero yo me vengaré.)

BLA.—(*A D. Aristeo.*) ¿Y queria vd. que viera con sangre fria que todos se anduvieran matando?

ARIST.—(*A Blasa.*) Yo te iba á hacer rica.

BLA.—¿Qué me importa? Es mejor ser pobre, que soportar la compañia de un hombre tan repugnante como vd.

ESCENA XXI.

Dichos, Ricardo.

RIC.—Aquí hay mas pruebas.

AST.—¡Oído á la caja!

RIC.—Aquí tengo una carta de D. Aristeo: vean vdes. su letra.

Lau.—Es la misma: yo la conozco, aunque ha tratado de disimularla.

Ric.—Vean vdes. el papel: tiene sus cifras.

Fort.—¡Está á la vista!

Ric.—Pues todavía hay mas: vean vdes. este papel: sobre él escribió D. Aristeo y han quedado grabadas las letras en él. Nadie mas ha penetrado hoy en mis piezas.

Ast.—¡Está derrotado!

Fort.—¡Se ha ido á fondo!

Ric.—(*A D. Aristeo.*) ¿Lo niega vd. todavía?

Arist.—Yo.... no he sido.... el autor de esas cartas......

Ric.—¿Qué dices tú, Blasa?

Bla.—Que el señor me ha dado este dinero porque repartiera entre vdes. esos papeles, sin que supieran su procedencia, lo cual hice yo creyendo la cosa mas sencilla; pero estoy dispuesta á que se me castigue si soy culpable.

Ric.—No, no, continùa.

Bla.—Al mismo tiempo me ofreció llevarme consigo y hacerme rica. Despues he sabido, que el objeto que se proponia era vengarse de D. Fortunato, porque le habia ganado un pleito, y dividir á vdes. para ver si le era posible llevarse otra vez á la señora Dª Laurita, con quien ántes habia querido casarse. Pero como he visto turbarse en un instante la tranquilidad que ántes habia en esta casa, y como yo no necesitaba á D. Aristeo para nada, ni su dinero, supuesto que sé trabajar, y ademas quiero mucho á mis amos, me resolví á confesar lo que habia, para que vuelva á esta casa la paz que ántes se disfrutaba.

Arist.—¡Mientes, Blasa....!

Bla.—No miento: yo no podria haber adquirido en otra parte este oro, y en prueba de ello se lo devuelvo para que lo distribuya entre los pobres, mejor que emplearlo en sembrar la zizaña en las familias. (*Se lo arroja.*)

Ric.—Muy bien dicho.

Lau.—Con razon he detestado á vd. siempre.

Ric.—Es preciso imponer un castigo á este viejo bribon.

Fort.—Atarlo á una verga y......

Ast.—Darle quinientos palos.

Lau.—Para hombres como ese, lo mejor es el desprecio.

Ric.—Tienes razon, Laura, es lo mejor. D. Aristeo, agradezca vd. á esta hermosa niña á quien vd. queria perder, que no lo tratemos con el rigor que merece; pero salga vd. de esta casa para no volver á ella jamas. ¿Comprende vd., miserable? No queremos volver á oír ni su nombre.

Fort.—¡Fuera del pango!

Ast.—¡Toque fagina!

(*Se vá D. Aristeo confuso. Laura se echa en brazos de Ricardo y Astrea en los de D. Fortunato.*)

ESCENA ULTIMA.

Dichos, ménos D. Aristeo.

Lau.—¡Perdóname! fuí muy injusta....!

Ric.—Tú eres la que debes perdonarme. Fuí muy imprudente....

Fort.—¡Te quiero mas que al mar!

Ast.—¡Y yo mas que al difunto coronel! (*Llorando.*)

Lau.—¡Ay Ricardo! ¡Que momentos!
Por poco tu amor se trunca.....
No volvamos nunca, nunca,
A dar crédito á los cuentos.

Ast.—¡Cómo llovió la metralla!
¡Por poco nos engatuza....!
Esta no fué escaramuza
De guerrillas, fué batalla.

Fort.—El tutor hizo buen fiasco,
Nos remolcó al arrecife,
Mas vino Blasa en su esquife
Y nos salvó del chubasco.

Ric.—De todos y cada uno
Ese hombre la paz turbó:
Cual la manzana cayó
De Venus, Palas y Juno.
Lau.—Pero eso no vale nada!
Será nuestro bien creciente....
Ric.—Conque el público indulgente....
Fort.—¿Se embarque?....
Lau.— Dé una palmada.

CAE EL TELON.

FIN DE LA COMEDIA.